

en  
Clave  $\Psi$ a

Diciembre

04

2010



# En Clave Psicoanalítica

Revista digital de  AECPNA

## **Dirección y Coordinación:**

Iluminada Sánchez García  
Freya Escarfullery

## **Asesoramiento y Elaboración Técnica:**

Nicolás Díaz

## **Han colaborado en este número:**

Beatriz Bonanata

Mariano Díaz-Miguel

Silvia Falcó

Clara Kirmayer

## **BIENVENIDOS...**

Una vez más a nuestras páginas. Aprovechamos la ocasión para deseáros a tod@s unas muy Felices Fiestas y un 2011 cargado de proyectos y gratas realizaciones. Esperamos seguir contando con vuestra compañía en los futuros números y actividades de nuestra Asociación Escuela, siempre abierta a ampliar el círculo.

Infórmate de las ventajas de asociarte y de nuestras actividades en el 91.770.21.92 o a través de nuestra dirección de e-mail: [info@escuelapsicoanalitica.com](mailto:info@escuelapsicoanalitica.com)

# INDICE

<b>1</b>	<b>ACTIVIDADES</b>	<b>5</b>
1.1	CENTRO HANS	5
1.2	LA ESCUELA Y SU CÍRCULO	5
1.3	ACTIVIDADES FORMATIVAS	6
<b>2</b>	<b>ENTREVISTAS</b>	<b>7</b>
2.1	ENTREVISTA A DANIEL USTARROZ*	7
<b>3</b>	<b>ARTÍCULOS</b>	<b>14</b>
3.1	EL ADOLESCENTE Y LA INCONSISTENCIA. RICARDO RODULFO*	14
3.2	CONFLICTIVIDAD FAMILIAR Y ADOPCIÓN. DRA. ELVIRA A. NICOLINI*	22
<b>4</b>	<b>PSICOANÁLISIS Y CULTURA</b>	<b>42</b>
4.1	ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL FILM “LAS INVASIONES BARBARAS”*. ROBERTO FERNÁNDEZ**	42
4.2	ENTRE AMIGOS: REFLEXIONES, RESEÑAS Y COMENTARIOS. • MARIA DEL CARMEN GARCÍA SANTOS Y MÓNICA VADILLO	53
<b>5</b>	<b>PADRES E HIJOS</b>	<b>54</b>
5.1	COSAS DE NIÑOS. ILUMINADA SÁNCHEZ*	54
5.2	CENTRO HANS	56

# 1 ACTIVIDADES

## 1.1 CENTRO HANS

---

**CENTRO DE ATENCIÓN CLÍNICA para niños, adolescentes, padres y familia.**  
**Coordinadores: Lic. Silvia Falcó y Lic. Gabriel Ianni.**

La "Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica de Niños y Adolescentes", comprometida desde 1997 en la formación de psicoterapeutas, comunica que está en funcionamiento el CENTRO HANS.

El centro brinda atención clínica dirigida a la población infanto-juvenil y a sus padres, a precios institucionales.

### OBJETIVOS

El propósito de esta iniciativa es dar respuesta a una demanda social insuficientemente atendida por el sector público y privado.

El **CENTRO HANS** ofrece tratamientos individuales y grupales - con honorarios institucionales - para los que cuenta con los siguientes recursos terapéuticos:

- Psicodiagnóstico
- Orientación a padres
- Psicoterapias individuales
- Psicoterapias de grupo
- Psicoterapia de la pareja de padres
- Psicoterapias de pareja y familia

- Abordaje de patologías diversas como trastornos de la alimentación, inhibiciones, compulsiones, trastornos psicosomáticos, de aprendizaje y de conducta, etc.

Otras actividades promovidas por el Centro Hans:

- Investigación sobre temas actuales.
- Asesoramiento a profesionales de la salud y de la educación.
- Orientación a padres.
- Talleres de supervisión Clínica.

El equipo está compuesto por profesionales acreditados por la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid y coordinado por la Comisión Directiva de la misma.

### Información:

Teléfono: 91.309.65.16

e-mail

[info@escuelapsicoanalitica.com](mailto:info@escuelapsicoanalitica.com)

## 1.2 LA ESCUELA Y SU CÍRCULO

---

**Revista:** Nace con el propósito de abrir el círculo y acercarnos a otros profesionales y público en general interesado en el psicoanálisis.

**Cine:** Dentro del marco formativo de la Asociación Escuela, se realizan encuentros

para la reflexión – desde una óptica psicoanalítica - sobre la infancia y la adolescencia a través de la narración cinematográfica.

**Biblioteca:** Se ha puesto en marcha la creación de un fondo bibliográfico de temas

afines a la formación que imparte la Escuela, al que pueden tener acceso alumnos, profesores y socios. Aprovechamos para dar

las gracias a todos los que están engrosando el fondo con sus donaciones.

## **1.3 ACTIVIDADES FORMATIVAS**

---

Dentro de las actividades permanentes de la Asociación-Escuela, están:

- Módulos de Formación
- Sesiones Clínicas (entrada libre)
- Conferencias

- Mesas Redondas

Para recibir periódicamente información sobre éstas actividades u otras, enviar un e-mail con el nombre y la dirección de correo electrónico a [info@escuelapsicoanalitica.com](mailto:info@escuelapsicoanalitica.com)

## 2 ENTREVISTAS

Este será un espacio de encuentro, de conversación, de acercamiento en definitiva, a profesionales del ámbito psicoanalítico o de disciplinas afines al mismo, cuyas aportaciones o proyectos favorezcan y enriquezcan nuestro estudio y tarea como psicoanalistas.

**En este número,** entrevistamos a **Daniel Ustarroz**, que dirige el Seminario sobre Clínica de la Pulsión en la sede de nuestra Asociación.

### 2.1 ENTREVISTA A DANIEL USTARROZ\*

---

**Por: Beatriz Bonanata, Mariano Díaz-Miguel; Silvia Falcó; Clara Kirmayer; Iluminada Sánchez García\*\***

**En Clave  $\Psi^a$ :** Nos gustaría que, como introducción, nos hablara de cómo se ha perfilado su recorrido profesional desde sus inicios en Argentina. ¿Cómo llegó al psicoanálisis?

No llegué al psicoanálisis por una actitud científica ni una curiosidad teórica, sino por mis inhibiciones, mis sufrimientos, por un intento de encontrar respuestas que aliviaran la sobrecarga de la vida.

El primer pensador que vino en mi auxilio fue Nietzsche al cual conocí a través de un amigo que había comenzado a leerlo a los 17 años y me hablaba de él con mucho entusiasmo. Luego vino Freud, y decidí comenzar la carrera de psicología que era también un anhelo de mi hermana y de mi madre.

Resultó también ser importante en esta elección el hecho de que a nivel familiar la posición de independiente era muy valorada. Mi padre siempre decía que no había que tener jefes.

También había un tío hermano de mi madre que me llevaba desde muy pequeño al estadio de fútbol con una camiseta del club "Independiente", cuyo apodo era "los diablos rojos".

De esta forma podría continuar evocando hechos, ubicando escenas, significantes, que marcaron esa elección. Podría argumentar incluso el hecho de que esa carrera universitaria siempre se caracterizó por la presencia enorme de mujeres en relación a la poca cantidad de hombres. Recuerdo por ejemplo que para el primer año de psicología se habían inscripto ciento cuarenta mujeres y diez varones entre los cuales figuraba un ex-cura.

Todos estos acontecimientos fueron como diría Espinoza las casi causas que condicionaron mi destino, las que me condujeron a tratar de encontrar respuestas en el psicoanálisis pero también debo agregar que para algunas personas esa pregunta no se realiza jamás.

La experiencia del psicoanálisis transformó esos traumas en algo más Light, más suave, llevadero.

Comencé a trabajar como psicoanalista cuando era aún muy joven, y desde ese entonces no he parado, y siempre he respetado la regla de oro que imponía Freud a todo aquél que deseara hacerlo; primero psicoanalizarse.

**En Clave  $\Psi^a$ : El tiempo es una convención que regula y confronta al sujeto a un límite. ¿Qué se podría decir sobre el manejo y la relación con el mismo en el caso de la histeria, la neurosis obsesiva y la psicosis? ¿Habría alguna especificidad en relación a ello en esas patologías?**

Es una equivocación creer que podemos manejar el tiempo, aunque podamos encerrarlo en fórmulas, él no se detiene. Sin embargo podemos ver en toda neurosis, un tiempo muerto, un tiempo de detención provocado por las inhibiciones del sujeto. En las psicosis se trata del tiempo de la alucinación. El fogonazo del instante.

De todas formas el tiempo que tal vez nos debiera preocupar es el tiempo del inconsciente y en este tema J. Lacan hace aportaciones muy importantes como las del tiempo lógico, y en el Seminario XI nos habla de la manifestación del inconsciente como una pulsación temporal que se abre y se cierra, instalando la dimensión de la pérdida.

También es conocida su propuesta de un tiempo instalado en el proceso analítico dividido en primer lugar en el instante de ver al que hace equivalente al insight, luego el

tiempo para comprender y por último el momento de concluir.

Pero el tiempo en que se manifiestan las formaciones del inconsciente es un tiempo que tiene relación con el tropiezo, el fallo, la fisura del discurso tal como subraya Lacan.

Quiero aclarar que de ninguna forma mi breve comentario apunta a resolver tamaña pregunta, que en otro ámbito fue la mayor preocupación de los grandes pensadores. También el tiempo de duración de la sesión en el proceso analítico, ha sido reformulado por J. Lacan en relación con la noción del significante, y del corte, en relación con una clínica del goce. Cuestión que me parece muy estimulante para continuar siendo elaborada, revisitada.

**En Clave  $\Psi^a$ : ¿En qué se diferencia el hombre que busca la histérica del hombre que busca la neurótica obsesiva?**

Creo que debemos volver a retomar la noción "neurosis mixtas" de Freud y no dar por pura a ninguna de ellas. En este sentido es importante diferenciar clínicamente la estructura del montaje. Por ejemplo en una estructura histérica podemos encontrar montajes obsesivos, delirantes, melancólicos etc. Y en otra obsesiva, montajes homosexuales, perversos, histéricos etc.

Por otra parte la noción de rasgo que rescata tan bien J. Lacan en la obra freudiana, nos permite diferenciar la perversión, de otras neurósisis. Para tomar un ejemplo, en la clínica de la obsesión encontramos fantasmas perversos inconscientes, y un juego fetichista importante, pero no una estructura fetiche, ni



una voluntad de goce que dirige toda la vida del perverso.

Sin embargo debemos aceptar que la sexualidad infantil que Freud descubre en todo ser humano está caracterizada como polimorfa y perversa. Perversa en tanto su fin último no es la reproducción y polimorfa porque se puede gozar con cualquier cosa.

En cuanto a la pregunta sobre las diferencias de elección de un hombre en la mujer histérica o en la obsesiva, creo que el único abordaje válido para despejar esta cuestión, es la pregunta sobre que objeto del deseo soy para el otro, y el otro para mí. Se trata de ir más allá de lo que ese objeto nos muestra, de no engañarnos con lo que J.A.Miller nombró como el objeto meta. Es decir no confundir la demanda con el deseo; abrir la pregunta en esa brecha en ese gap, tal como lo enuncia J. Lacan; "me pide esto, ¿pero que es lo que realmente desea?"

Muchas veces uno pide exactamente lo contrario de lo que desea.

Y también tenemos noticias que lo temido puede ser lo deseado.

Y que detrás del odio se esconde el amor y detrás del amor se esconde el odio.

**En Clave  $\Psi^a$ : En los recorridos que hace Lacan sobre la función paterna, hay una definición que querría que aclararas: Cuando refiere la función paterna cumpliendo una función síntoma en la que un padre solo podrá cumplir su función paterna si tiene a la mujer como causa de su fantasma: ¿Qué se quiere decir con función síntoma?**

Esta pregunta, como casi toda pregunta, llevaría más tiempo y elaboración para verdaderamente intentar contestarla.

La función paterna, el Edipo, la castración, hacen posible la neurosis, y la neurosis va acompañada de inhibiciones, síntomas y angustia.

J. Lacan llega a decir que el padre es un semblante, que podemos no creer en él, con la condición de saber utilizarlo, servirnos de él.

¿Pero que pasa cuando esta función, este significante no está?

¿Y cuál es el valor de esta función que Lacan dice "humaniza el deseo", es decir, que le impone una ley, la ley de la cultura, la ley de la prohibición del goce con la madre y que no significa solamente no follar con la madre?. Se puede gozar de ella de diferentes maneras: Por ejemplo no trabajar a los 30 años y ser mantenido por ella, no encontrar jamás siendo hombre o mujer una pareja, etc.

Respecto de la otra pregunta sobre que un hombre deba tener como causa de su deseo, de su fantasma a una mujer, se me ocurre como una condición necesaria, para el deseo de un hijo.

La función padre puede realizarse también con suplencias, un tío, un abuelo, la madre misma, etc., se trata de que alguien o algo que cumpla esa función.

El síntoma mismo, puede anudar al sujeto a la neurosis, y cumplir dicha función paterna.

También lo puede hacer en un análisis la construcción de un ideal.

**En Clave  $\Psi^a$ : ¿Y cómo articularlo con la posición de la mujer como objeto de deseo de un hombre o como síntoma de un hombre?**

La mujer como síntoma de un hombre es una frase que J. Lacan tomó de uno de sus oyentes y que yo traduzco en una sus versiones, en el sentido de que al abordar el hombre la causa de su deseo se enfrenta con su castración.

Sin embargo no dice lo mismo para la mujer, sino que utiliza la palabra estrago, que tiene mucha resonancia con los efectos mortíferos de la relación madre-hija. Cuando Freud se ocupa de descifrar el Edipo femenino encuentra grandes diferencias con el masculino y una de ellas, la más relevante, es que a las mujeres no les va la amenaza de castración como pérdida del pene, sino que lo propiamente estructural en la mujer es la pérdida del amor, allí se encuentra enmarcada su angustia, y es por esto que se encuentra más sometida al reconocimiento, al deseo del Otro.

De cualquier forma todo encuentro de pareja es sintomático, y cada uno a su manera en su elección amorosa inconsciente pone en juego sus propios fantasmas. En todo encuentro amoroso se producen dos tipos de frustraciones; para el hombre la imposibilidad de encontrar a una mujer que satisfaga plenamente su deseo sexual, y para la mujer la decepción en el amor. Esto se puede observar en las quejas y los reclamos de la vida cotidiana respecto de un sexo al otro.

**En Clave  $\Psi^a$ : ¿Cuál es la posición de Lacan ante la pulsión si es que efectivamente minimizó su importancia en beneficio del significante?**

Esta pregunta la responde muy bien J. A. Miller al decir que en toda la primera etapa de la elaboración lacaniana lo simbólico era para Lacan lo real. Primera etapa de su enseñanza en la cual quedaba aparte la problemática del goce del cuerpo, la libido, la pulsión, en la cual el sujeto, solo era sujeto del significante, un cadáver, un desierto de goce, este cambio de perspectiva que tiene en cuenta al goce lleva a J. Lacan a sustituir el concepto de sujeto por el de ser-hablante. Parlêtre.

La primera tentativa para atrapar ese goce dejado de lado fue la creación, la invención de una criatura llamada objeto "a", que tampoco era un objeto sino un hueco, un vacío, un agujero y en su condición lógica una letra.

Lacan creyó durante un tiempo que al construir el objeto "a", había atrapado el goce, sin embargo luego se dio cuenta de que solo había encontrado un semblante de goce, y lo llamó "plus de goce".

En su "muy última enseñanza" y a partir del seminario XX, el goce ya no obedece a una satisfacción transgresiva, sino que en esta nueva versión el goce está por todas partes, y se interesa fundamentalmente por el goce autista, aquél que no comunica con el Otro.

De todas formas no debemos olvidar que para Lacan la palabra es cuerpo sutil, pero es cuerpo; "La palabra en efecto es un don de lenguaje, y el lenguaje no es inmaterial. Es cuerpo sutil pero es cuerpo. Las palabras están atrapadas en todas las imágenes corporales que cautivan al sujeto; pueden

preñar a la histérica, identificarse con el objeto del penis-neid, representar el flujo de orina de la ambición uretral, o el excremento retenido del gozo avaricioso". (Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis).

**En Clave  $\Psi^a$ : En relación a lo que antecede, al concebir el inconsciente - de manera similar a como hace Lévi-Strauss con la estructura - como un organizador de formas, una matriz vacía, Lacan elimina las ideas de fuerza o sustancia que podrían revertirse con características de significado y por tanto portadoras de sentido. ¿Es así este proceso?**

La definición de Lacan de "El inconsciente estructurado como un lenguaje", toma como apoyo fundamental a la lingüística de F. de Saussure y manifiesta la anterioridad lógica del lenguaje antes del inconsciente. Sin embargo en el seminario XX, Lacan dice que no es más lingüista, sino que hace linguistería. Esta declaración se anticipa a lo que dirá más tarde; que el lenguaje es una elucubración de saber sobre lalengua.

Esta lalengua considerada como la lengua materna, será lalengua del goce, fuera de toda gramática y puntuación. Se trata también del descubrimiento de Lacan sobre un lenguaje, y una palabra que no comunica nada, sino que sirve para gozar. Para el goce del blablablá.

En esta nueva apreciación el inconsciente estará referido a lalengua y no al lenguaje, y más adelante este inconsciente estará estructurado como una topología, y también se manifestará en una pulsación temporal, estas diferentes versiones justifican lo insuficiente de la primera definición, de esa primera fórmula.

Se trata de recorrer el camino del inconsciente en su apreciación, simbólica, imaginaria y real.

Se ha utilizado mucho el concepto de estructura, se ha abusado de él para dar cuenta de las "estructuras clínicas", pero no debemos de olvidar, que la estructura también padece de fallos, de agujeros, de un real que la socava. Y es por ello conveniente, sin rechazar el término de estructura, volver a la escucha analítica de la sorpresa, del hallazgo.

**En Clave  $\Psi^a$ : ¿Podrías explicar la conceptualización diferente que presentan Lacan y Freud en cuanto al significado de la feminidad? Cuando dices que lo femenino no se agota en la histeria, y la diferencia entre ambos autores en relación a la problemática del Ser y no del Tener.**

No creo que sean diferentes las conceptualizaciones de Freud y Lacan respecto de la feminidad, lo que sí creo es que Lacan continúa las investigaciones de Freud y propone algo inédito en la clínica de lo femenino a través de la oposición del binomio Madre/mujer y llega a decir "cuanto más madre menos mujer". Creo que esta propuesta es subversiva en razón de que por una parte cuestiona el lugar de llegada de final de la partida, en la realización femenina como madre, y sin sustraerle su valor y su importancia a esta experiencia que encierra una ecuación fundamental en el psiquismo femenino (niño=falo) nos invita a ir más allá, al rescate de lo femenino, que no se agota, que trasciende la maternidad.

J. Lacan descubre un goce femenino que desborda y excede el encierro fálico a través lo cual comprendemos la histeria, y lo devuelve al enigma al cual se aproxima Lacan a través de sus fórmulas de la sexuación y la explicación del todo y no todo. No es que la

mujer sea no-todo porque le falte una parte, sino porque está habitada por un goce sin límites.

Sea como sea el pensamiento de J. Lacan nos renueva, nos genera la inquietud, el deseo de seguir investigando tal como nos lo transmitió Freud en su legado, en su pasión por el psicoanálisis y rescatar aquella hermosa frase de Lacan: "El peor de los comforts es el confort intelectual".

En relación con tu pregunta sobre la problemática del ser y no del tener en ambos autores, de alguna forma creo que han arribado a similares postulados y conclusiones.

Por ejemplo ser el falo de la madre., es una identificación que Lacan privilegia como causa de la neurosis.

De todas formas es Lacan quien se sirve más de estos términos para explicarnos muchas cosas de la clínica relacionadas con la experiencia de la castración.

**En Clave  $\Psi^a$ : La vida de los que asistimos a los seminarios tuyos y de otros como tu, circula en un escuchar y ser escuchado. Ambas cosas desde distintos lugares. Somos escuchados por nuestro analista desde el lugar en que - en ese momento de la transferencia - le hemos colocado. Escuchamos a nuestros pacientes desde distintos, varios lugares que a veces incluso no identificamos.**

**Tengo la impresión, en cambio, de que el lugar desde donde escuchamos al profesor de un seminario como el tuyo es un lugar muy fijo, que tiene que ver con lo actual y que se da o no se da. Si ocurre, entonces hay escucha. Si no se da, no hay escucha. ¿Desde dónde te escuchamos - con tanto interés - en tus seminarios?**

Un profesor solo puede tener existencia si se constituye como sujeto supuesto saber para sus alumnos, pero fracasa si no llega a ser ubicado como causa de deseo, sino logra despertar el "interés" de sus oyentes por el psicoanálisis. En este sentido la transmisión fundamental es el deseo.

Esta transmisión tiene sus paradojas, una de las cuales como subraya Lacan es que enseñamos a gente que sabe y la otra es la calidad de ese saber, es decir evaluar de que saber se trata, ya que el discurso psicoanalítico es algo que no encaja ni con el discurso universitario ni con el discurso del amo, ya que por su composición cuestiona a ambos. No se trata de un discurso lineal que apunte a un saber cerrado, clausurado, sino más bien que avanza y se despliega desde un no saber. Y tampoco se trata del saber del amo que se arroja la cualidad de creer saber lo que quieren todos.

Respecto de la pregunta ¿desde donde escuchamos a un profesor? Podríamos amplificarla y preguntarnos simplemente ¿desde donde escuchamos? Se dice que cada uno entiende lo que quiere, lo cuál cuestiona seriamente el efecto de toda interpretación y nos lleva a considerarla como una hipótesis, una conjetura, y mantener sus efectos en reserva. Cuántas veces nos ha sucedido que el paciente vuelva a la sesión habiendo entendido cosas diferentes a las que pensábamos haber enunciado en esa interpretación, y ese es el riesgo de las interpretaciones cargadas de sentido, que en lugar de apuntar a un decir a medias, a un decir equivoco, alimentan más al síntoma, lo recargan de más sentido.

¿Desde donde escuchamos al profesor? ¿Desde el amor?, ¿Desde el odio?, ¿Desde el "odioenamoramamiento"? No podemos

descuidar la función de la transferencia en toda transmisión de saber y será responsabilidad del enseñante, generar,

construir, despertar en sus oyentes, en sus discípulos, la inquietud, el deseo, por la materia que imparte.



\* **Sobre el Autor:** Daniel Ustarroz es Psicoanalista, Miembro Titular Didacta de la Asociación Psicoanalítica Internacional, Profesor invitado en el Master de Clínica Psicoanalítica de la Universidad de Salamanca y en el de Psicoterapia Psicoanalítica de la Universidad Complutense de Madrid.

\*\* **Sobre las Entrevistadoras:**

- Beatriz Bonanata, Psicoanalista
- Mariano Díaz Miguel, Psicoanalista
- Silvia Falcó, Psicoanalista
- Clarka Kirmayer, Psicoanalista
- Margarita Lorea, Psicoanalista
- Iluminada Sánchez, Psicoanalista

## 3 ARTÍCULOS

Este será un espacio dedicado a textos psicoanalíticos y reseñas de obras de autores psicoanalistas. En este número agradecemos las aportaciones de:

- **Ricardo Rodulfo:** El adolescente y la inconsciencia
- **Dra. Elvira A. Nicolini:** Conflictividad familiar y adopción

### 3.1 EL ADOLESCENTE Y LA INCONSISTENCIA. RICARDO RODULFO\*

---

Alguna vez deberíamos ocuparnos de las continuidades.

Parecería que estamos desilusionados de nuestros adolescentes. El recorte mediático se encarga de difundir imágenes espectaculares de ellos. El clínico muchas veces se suma, reprimiendo imágenes más tranquilas y corrientes. En medio de todo eso pasa inadvertido algo que verdaderamente hay que atravesar sin borrar, el paso más específico que concebir cabe de la adolescencia, único en el que me concentraré en lo que sigue.

Inmejorablemente destacado por Winnicott en una de esas frases felices por no “conceptuales” en apariencia y que se lee en alguna página de *Acerca de los niños* (Paidós). Frecuentemente en esa época de la vida se estaría dominado o expuesto por el sentimiento o sensación de que “nada vale la pena”. Eso es todo. Nada menos.

Enorme condensación. Una ristra de trazos clínicos se agolpan en la escueta sentencia:

- una pérdida del sentido que no se limita a una situación puntual –qué sentido tenga ir a la escuela- pues es completamente abarcativa y hace impacto por lo tanto sobre el sentido en general;

- como su consecuencia inevitable pulverización de ideales, particularmente aquellos ligados a lo que Freud denominó deseo de ser grande -deseo que tiene que ver más con lo grandioso ficcional que con lo evolutivo y que el niño vehiculiza por ejemplo jugando a ser un superhéroe-, renuncia por anticipado a todo proyecto implicado en los procesos de historización y/o conceptualizados por Piera Aulagnier y Castoriadis, fuga al aquí-y-ahora y al no-me-preguntenada;
- banalización de los procesos subjetivos recurriendo a toda la oferta tecnológica para convertirse en un adolescente mediático aceptando todos los retratos que le proponen los medios de él mismo frenéticamente dedicado a los mensajes de texto y despojado de todo rasgo que lo singularice;
- no compromiso con la herencia que podría convocarlo en términos de lo que Winnicott llamó experiencia cultural, noción interesante que aún no hemos aprovechado ni trabajado lo suficiente. Cabe en este punto recordar la caracterización de lo que Marcuse propuso como desublimación represiva;



- tendencia a refugiarse en sensaciones que lo vuelve proclive a la adicción aún cuando en numerosos casos no puede hablarse verdaderamente de ella por falta de condiciones de estructura, tanto en lo personal como en lo ambiental, pero que lo impulsa a esos períodos donde se bebe en exceso o se coquetea con las drogas o con la velocidad.

Detalle que podría seguir en precisiones.

A cuenta todo de una desilusión más existencial que biográfica. Una desilusión no tan sencilla de recorrer por su diversidad de facetas. Una manera de ir al hueso es apelar al álgebra lacaniana y decir que la coyuntura adolescente consiste en descubrir que A debe escribirse tachado: A. Lo cual no por llamarlo "existencial" no deja de ser trazo diferencial de un acontecimiento histórico, el que constituye lo que conocemos como "Occidente". El grafo de Lacan engloba cosas tales como la desidealización de los padres y de una manera más profunda -y en lenguaje menos lacaniano- el descubrimiento más o menos claro de que la estructura cultural toda -incluyendo sus prácticas institucionales y sus regulaciones y normas grupales junto con todo el acervo de sus saberes- no garantiza para nada que la pudiéramos creer como verdad... salvo que estemos demasiado dispuestos a creer... lo que ya no es exactamente occidental. Sin garantías que den la cara el motivo de la verdad no se puede tener en pie. El llamado "duelo por la infancia" duela ese tiempo en que A -como designación de otro que atesora el trabajo histórico de la diferencia que resumimos al decir "cultura"- brillaba en todo un esplendor sin tachadura pues contenía en sí la verdad de la verdad. Y en su ámbito estábamos asegurados, como ha sido el caso en otras culturas con mito y con religión pero sin filosofía ni ciencia en las cuales a nadie se le ocurriría desconfiar de la consistencia -término introducido por Lacan

con toda precisión y pertinencia- de ese A que el vocabulario de aquel singulariza indebidamente, ya que connota el saber-poder de un grupo al que el sujeto en advenimiento debe referenciarse forzosamente.

Es esta la razón por la cual no existe la adolescencia como formación subjetiva fuera de Occidente, salvo cuando empieza a implantarse de resultados de la entrada de lo occidental -entrada que ha solidado ser un impacto catastrófico- en otra cultura hasta entonces ajena o relativamente cerrada y protegida de él. En esos casos, la juventud de esa cultura empieza a desarrollar formas atípicas y sumamente conflictivas o disruptivas de adolescencia característicamente rasgueadas por un amargo rechazo y descalificación de lo tradicional, como se puede ver en la segunda generación de los inmigrantes africanos en Europa, los primeros nacidos en ella. La violencia de la tachadura es cuasi-traumática para los hijos de una cultura que creía garantizarse a sí misma. Según esto podemos pensar la adolescencia como determinada por la experiencia de encuentro con la **inconsistencia** en tanto tal. Mucho más, pero mucho más, que la pérdida de la infancia, la nueva actividad hormonal y todo ese tipo de cosas que en definitiva suceden en todas las culturas y poco tendrían que ofrecer de específico para un fenómeno tan violentamente diferente y transformador como el que estamos considerando. El socorrido dato de la enorme asimetría entre un ritual de iniciación que dura unos días o semanas y una transición de varios años que tiende a extenderse cada vez más mide la singularidad generada por la palpación de dicha inconsistencia. Eso mismo torna banal la reducción de la adolescencia a una pelea intergeneracional que tanto da que hablar a padres y maestros; esa rivalidad se constata en cualquier lado y no es lo mismo burlarse del viejo por obsoleto, como propone Gutton, que una destitución de valores e ideales que va mucho más lejos que el enfrentamiento con

otras personas con cuyos valores e ideales se acuerda en lo esencial.

Lo cual nos extraña más aún del empirismo que ha reducido la adolescencia a un trámite etario, pues nos hace tomar conciencia de que no todos los “adolescentes” lo son ya que no todos hacen automáticamente esta experiencia y no son pocos por cierto los que, por más de una razón, no pasan del rito de iniciación, sobre todo teniendo en cuenta que nuestra cultura no es para nada un espacio homogéneo para todos igual, abunda en regiones, zonas, pequeños espacios transicionales, diversidad de experiencias culturales y multiplicación de anacronías que hacen que no todos vivan en la misma época por más que el calendario los unifique en lo formal. En ningún caso es una cultura que pueda pensarse en términos de pueblo chico, entre otras cosas porque su manera de operar lleva a que hasta el pueblo chico deje de funcionar en homogeneidad.

Índices de adolescencia como índices de la experiencia de inconsistencia son entonces vectores que necesitamos precisar. El “nada vale la pena” (también traducible como “nada merece el esfuerzo” o “nada es digno de...”) nos sirve de hilo para guiarnos.

- Multiplicación de comportamientos y de síntomas cuya nota de “superficialidad” se vuelve mucho menos superficial a la luz de nuestra tesis. Es como si el adolescente espejara en sí la inconsistencia de la cultura que tendría que sostenerlo y por la cual ya no se puede sentir sostenido. Así inventaríamos infinidad de manifestaciones de inconsistencia: culto del acting-out, la evasión como táctica de vida, actitud maníaca en el sentido propuesto por Melanie Klein de

negación radical del dolor psíquico, de que algo me importe o me afecte de veras, (lo cual puede degenerar en atrofias afectivas de difícil reversibilidad), recurso a la adicción como parte de una adicción a lo que en otro campo Tustin conceptualizó como objetos-sensación, desmantelamiento del deseo de ser grande que conduce a atacar la propia posibilidad de pensar, fijación a situaciones de aturdimiento, hipertrofia de lo visual en detrimento de lo que no se ve (por ejemplo y señaladamente, del otro), negación y banalización de la diferencia haciéndole perder significado a su percepción (“me da lo mismo” sería el lema, en continuidad con la designificación del esfuerzo y de la pena así como de lo que Heidegger pensó como cura.), trabajo de lo negativo que opera en el sentido de una designificación que no desemboca en nada alternativo, hardening también, que facilita tomar caminos abiertamente hacia la delincuencia. Contrariamente a la descripción clásica de los procesos de represión como potencialmente reversibles, conservando cierta fluidez que en principio no lesionaría la afectividad de lo reprimido, Winnicott recurrió a aquel término metafórico para nombrar un proceso de esclerosamiento emocional sin retorno si se cronifica ya que la capacidad de afectarse se destruye a la manera de un proceso atrófico. En cuanto al trabajo de la designificación veremos que dista mucho de ser patológico de por sí, el punto es la estrategia en que esté inserto.

- No paralelamente como en otra dirección el encuentro con la inconsistencia que ya ningún padre o



dios puede cubrir –lo que Heidegger llamaba “la retirada de los dioses”- por muy simbólicos que fueren sus modos de intervención, puede dar paso a procesos creativos suplementarios de lo que Lacan escribe como A una vez tachado por el impacto de la inconsistencia de la que A pretendía no padecer. Suplementarios: no se agregan simplemente en continuidad con lo que ya estaba ahí; no se integran a un sistema previo a ellos; **difieren**, en cambio, más o menos violentamente, sin hacer avanzar ni retroceder una supuesta marcha lineal en el eje progresión-regresión; su emergencia es **otra cosa**, si bien pueden ser y son constantemente objeto de reapropiación por las categorías y las políticas de la cultura, como lo muestra la comercialización de géneros alternativos en el campo de la música más ligada a los jóvenes. Nada de lo que examinamos transcurre en la pureza.

La actividad de estos adolescentes se orienta a la invención de alternativas en los más distintos órdenes: modos de vivir, de amar y de relacionarse, juegos o ensayos más o menos artísticos, hábitos y ceremonias extraños para el mundo adulto, iniciativas solidarias en movimientos que bregan por desactivar exclusiones, lo cual lleva a formas de actuación política, pero siempre desmarcada de los dispositivos políticos institucionalizados. En general, todas estas cosas se hacen bajo el signo de una fuerte crítica a los códigos de la cultura heredada -y no sólo a las personas involucradas- y muy en particular a las instituciones a cargo de la transmisión de esa herencia que en conjunto no aceptan, significándola como aquello que hay que cambiar antes que continuar o mantener. Apelan para eso al reciclaje de multitud de fragmentos míticos, históricos, de

saberes técnicos, de injertos de culturas no occidentales y de una generosa participación de las más añejas categorías de la metafísica de siempre, siempre lista para reapropiarse de cuanto de nuevo emerja en nuestra existencia...

Exactamente hablando, su praxis es un capítulo y un suplemento más del **jugar**, una muestra más de sus extensas funciones en la vida humana, lo que a veces no se ve y otras se deja ver con facilidad al haber conciencia de que lo que están haciendo es **en juego**. De modo que puedo añadir esto a todo lo que vengo desde hace mucho desarrollando acerca del jugar y del juego. Y se deja ver también en el hecho de la invención continua de **ficciones** que se genera en tales trabajos, micro utopías inclusive, pero que se refractan sobre la vida cotidiana, volviendo a testimoniar aquello de Winnicott sobre la ilusión que he procurado rescatar y hacer valer en un libro dedicado a su pensamiento: el que ella crea en lo real, no se limita, como pretende Lacan, a circular en un plano imaginario y nada más. (Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia, Paidós, 2008).

Este desenvolvimiento requiere por fuerza del trabajo negativo de la designificación, concepto éste tan notablemente plantado por Nicolás Abraham desde la década del 70 del pasado siglo: quitar significación, algo que está en un primer lugar entre las tareas que el psicoanálisis tiene que encarar para liberar la posibilidad del juego de otros y nuevos sentidos, lo que el paciente no es libre de hacer mientras esté aprisionado en los que lo han llevado a su situación actual... Pero en lo que a este grupo concierne tal designificación no desemboca en la nada, como es el caso en el primero que hemos considerado, puesto que revuelve y prepara el terreno para invenciones heterogéneas al orden recibido. Dicho de otra manera, aquí vale la producción

de diferencias, aún cuando a menudo se cierran rápidamente sobre sí mismas sin afrontar lo que proviene de los otros. Pues entre sus muchas ambigüedades, el adolescente es abierto y cerrado a la vez. Pero quitar significación a una serie de emblemas, costumbres, valores, ideales, relatos, leyes y creencias es por sí mismo un trabajo grandioso y transformador, que no cesa de repercutir más allá de su campo de emergencia. A veces, muchas, el adolescente hace igual que el deambulador cuando rompe para explorar; sólo varía el objeto maltratado. Un ejemplo posible de aquel repercutir más allá de las fronteras de la adolescencia es el del nuevo estatuto de la homosexualidad; sin que nadie parezca registrarlo, todo el rango inédito e insólito de conductas y hábitos que se introdujeron a través del adolescente a partir de los 60 (empezando por la ropa unisex) contribuyó muy decisivamente al aflojamiento de los mandatos machistas bien montados en pares opositivos que gobernaba la moral sexual y todavía no ha desaparecido del todo: uno de los juegos predilectos ya en las primeras épocas del rock era la vestimenta y la ornamentación indecible en cuanto a criterios de identificación de género inequívocamente binarios y disyuntivos, como bien lo marcaban Deleuze y Guattari: “o...o”, contra lo cual el chico hacía su trabajo de designificar la rigidez de los códigos de género proponiéndose a la mirada de los otros como una figura difícil de descifrar mediante índices puramente visuales. Y eso, aunque no tuviera la menor fluctuación en sus inclinaciones amorosas. En un terreno bien distinto, otro tanto hacían Los Beatles cuando mechaban escrituras y procedimientos de música “clásica” en el seno del género más furibundo contra lo académico (v. Eleanor Rigby).

La fragilidad o precariedad en la invención de ficciones -vale decir, la disminución de la capacidad lúdica- que afecta al adolescente del primer grupo tiene consecuencias severas

en cuanto a la posibilidad de espejarse en varios tipos de grupos, de relatos, de producciones; no viéndose en lo que mira el chico se va cayendo de diversos espacios de ficción en principio abiertos a él y que en esas condiciones devienen inaccesibles: sigue el aburrimiento, la ninguna respuesta emocional ante las más variadas experiencias y productos culturales con la consiguiente restricción del campo de intereses típico de ese adolescente al que nada le gusta, nada lo convoca, nada lo “copa” como no sea el aturdimiento de un par de noches a la semana. Tan conformista en su rebeldía, tan rebelde en su conformismo. Se ve atrofiada o en riesgo de también la capacidad identificatoria, lo que por supuesto debilita más todavía sus recursos para moverse en el ámbito humano por excelencia, el **ficcional**. Se verifica esto, por otra parte, en el escaso o nulo trabajo hecho sobre su propia historia y la de su familia y comunidad. De nuevo asistimos a una pérdida de sentido pero que se detiene allí sin una proposición alternativa (contrariamente a la del chico que elige cambiar de clase social para romper con la de su familia, designificándola de todo valor genuino que mereciera conservarse y defenderse). Además la impase de lo ficcional y de todos los trabajos en espejo de los más diversos espejamientos -los verdaderos trabajos de Narciso, según traté de mostrarlo en otro lugar- (Futuro porvenir, Noveduc, 2008) acarrear una especie de parálisis del porvenir: prohibido el porvenir, a cuyo relampagueo sólo la máxima angustia podría responderle. Sin trabajo sobre su pasado y sin apertura al porvenir no queda nada más que el presente sino un presente extremadamente mutilado y reducido a una sensación, la sensación de presente, la sensación ahora presente, que no el discurrir de un tiempo anacrónico donde nada es exactamente presente ni pasado ni futuro, una mezcla de tiempos que se compone también de condicionales, subjuntivos y potenciales.

Pero debemos precavernos de que esta descripción de caminos divergentes no sea leída de un modo clasificatorio, y en la mejor tradición del binarismo clásico, por añadidura. No se trata de los malos y los buenos. El adolescente capaz de proponer alternativas ha de enfrentar numerosas vicisitudes; sus invenciones pueden reificarse en fenómenos de secta, de ghetto, de fundamentalismo. Hoy lo vemos sobre todo en tantas formaciones delirantes de grupo en torno a la comida y a su hipervaloración: se le pide a la alimentación se haga cargo de metamorfosis espirituales – como en su momento la conversión de paganos al cristianismo- mientras se le depositan miríadas de fantasmas hipocondríacos de envenenamiento, fantasmas de inmortalidad o juventud perenne, fantasmas en que el ideal de comer sería no la comida bajas calorías sino el cero de comida, el no comer como el colmo de la vida sana. Tal hace que el vegetariano tradicional se vaya volviendo una figura pasada de moda y en todo caso insuficiente en su propuesta: ya no basta con abstenerse de carnes rojas, ahora tampoco lácteos ni harinas ni....Una suerte de suicidio de la especie si tal proyecto se expandiera lo suficiente, si tenemos en cuenta -frente a propuesta tan “natural”, ya que por supuesto se apoya en la escisión metafísica entre naturaleza y cultura, cargando en la cuenta de la primera las reivindicaciones más artificiales que pudiéramos imaginar- que estamos donde estamos porque nuestros antepasados dejaron la recolección y se pusieron a cazar, con el consiguiente salto cuántico en el cerebro. Y hoy los adolescentes resultan los primeros transmisores de un ideal anoréxico que se despliega en un abanico de manifestaciones clínicas. Al menos los otros se conservan omnívoros.

Más allá de estos nuevos problemas, la posición desesperada del adolescente frente a la inconsistencia del Otro en quien confiaba

lo torna especialmente propenso a salidas fundamentalistas y a fanatismos en ocasiones mudable y pasajeros pero siempre sumamente violentos. Cuando todo se ha detenido en el “nada vale la pena” un recurso de este tipo es la adicción “adrenalínica” a la violencia, no articulada a algún ideal, por sí misma, por la sensación “copada” que procura sin tener que pensar en nada. Patear entre todos a alguien en el suelo puede regalar una forma de éxtasis difícil de detener y de acotar.

Sin que esto excluya que por el camino de este no-camino un chico en particular arribe a alguna orilla inesperada descubriéndose por casualidad muy capaz para algo que ni se imaginaba y que cumple con esos requisito de “socialmente útil” que Freud le asignaba a la sublimación y Winnicott a su idea más amplia e interesante –sobre todo por saltarse una supuesta y superflua derivación pulsional- de *experiencia cultural*. Por ejemplo, un talento técnico. Entre las dos grandes direcciones cuyos contornos hemos esbozado hay circuitos y pasos de conexión; un laberinto con sus pasadizos no visibles, nada de autopistas rectilíneas. Por eso mismo no se presta a una dicotomía entre lo sano y lo enfermo o entre lo bueno y lo malo lo que hasta aquí venimos pensando. Y eso sin contar con el papel del azar en la tercera serie *suplementaria* que interviene impredeciblemente (v. el capítulo 1, *Serie y suplemento*, en mi libro *El psicoanálisis de nuevo*, Eudeba, 2004).

De modo colateral, hago notar que he insinuado un movimiento que reemplace la referencia lacaniana al gran Otro por la noción de experiencia cultural acuñada por Winnicott y hasta ahora poco aprovechada, nada trabajada. Primero porque en mi perspectiva es un término más ventajoso que desimaginariza el espacio de la cultura de figuras ancestrales, siendo una denominación mucho más abierta a lo grupal, a la vez contenido y reprimido en la de Lacan. En

segundo lugar, “experiencia” desplaza “estructura” sin expulsarla, pero proponiendo una visión que no se limita al formalismo de la combinatoria sin sujeto típica del estructuralismo y da paso por eso mismo a la actividad singular: una experiencia no es compatible con una posición pasiva de objeto manipulado por un juego de permutaciones y sustituciones. La idea al escribir “experiencia” no es introducir un empirismo de la presencia sino introducir el trabajo de una subjetividad que no puede limitarse a “ingresar” en un orden simbólico sin alterarlo en su intocabilidad significativa. Por último, nos interesa la vinculación directa que se establece entre aquella experiencia y la categoría de lo transicional; porque con lo transicional se rebasa una serie de oposiciones metafísicas que están aún muy activas en los tres registros de Lacan y en la historia textual de cómo se van acomodando y forcejeando a lo largo de sus seminarios: transicional significa que no hay ya que oponer nada más o menos concreto a nada más o menos simbólico; en cambio, si leemos atentamente como se caracteriza el juguete ya en las primeras aproximaciones a la idea del objeto transicional, podrá detectarse la emergencia de un estatuto de lo ficcional - como he empezado a llamarlo- que tiene su vida propia y constituye el medio específico de nuestra existencia sin necesidad de hegemonizar ningún medio en particular, sea el lenguaje u otro cualquiera. Para esto hay que avanzar sobre Winnicott y asentar que vivimos exclusivamente en un ámbito transicional, y no a ratos en él y a ratos en los más tradicionales “interno” y “externo”, según aquel en un principio lo plantea, entre otras limitaciones por ceñirse demasiado a un modelo espacial que a la larga reifica el *entre*.

Y quien mejor que el adolescente para estudiándolo comprender hasta qué punto es ficcional el mundo que habitamos; hasta el adolescente más banalizado de resultados del

impacto del “nada vale la pena” mora en un universo pueril pero fantástico, pobre pero arreal en el sentido positivista del término. Las mismas y a veces pocas sensaciones que lo trasportan -la baraúnda del boliche, los personajes de la tele o de alguna otra parte que sin tener la menor idea de ello encarna al beberse todo de una vez o al incursionar en la cocaína o el éxtasis- no son como las de la psicología académica, puras y desvinculadas de la actividad imaginativa que monta y desmonta ficción tras ficción. Hay que romper un prejuicio que ligue lo ficcional invariablemente a maravillosas creaciones. Suele ser de lo más trivial. En todo caso, una diferencia pasa por hacer de un espacio transicional una suerte de burbuja donde el tiempo no es admitido en lugar de un ámbito abierto no signado por la necesidad de defenderse de la vida. Pero sin olvidar que el adolescente más activo y contestatario, por muy alejado de la frivolidad y la evasión que parezca, también puede poner sus ficciones transicionales al servicio de fines fundamentalmente defensivos, si bien apreciaremos su índole más productiva y menos comprometida con los estereotipos sociales dominantes.

Y yendo un poco más allá, ¿no nos perseguirá toda la vida la sombra lívida que despoja de sentido a todo cuanto hagamos? ¿Es posible verdaderamente estar por completo a salvo de tal sospecha o intuición o aprensión, salvo a costa de contraer alguna funesta pasión fundamentalista?

Si lo queremos aprovechar sin descalificar el “nada vale la pena” pretendiendo que “no vale la pena” podemos extraer una enseñanza de lo más radical de la posición y sufrimiento adolescente: mantenida a cierta distancia no invasiva, esa fórmula que nos inquieta nos permite también, contribuye con lo suyo al menos, a cierta vigilancia crítica de las a

menudo demasiado normales certezas de la existencia del pretendido “adulto”, cuya aparente consensualidad disimula el

interrogante de que no sabemos en verdad en qué consiste, quien es, quien responde cuando responde.



**\*Sobre el Autor:**

- Ricardo Rodulfo es Doctor en Psicología y Psicoanalista.
- Profesor Consulto Titular - Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires. 2008
- Profesor Regular Titular Plenario - Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires. 2008
- Director de la Carrera de Especialización en Prevención y Asistencia Psicológica en Infancia y Niñez. Facultad de Psicología – U.B.A.
- Director del Programa de Actualización en Clínica de Niños y Adolescentes de la Facultad de Psicología de la U.B.A.
- Profesor Titular de Psicopatología Adulto - Universidad Siglo 21 de Córdoba
- Profesor Titular de Psicopatología Infanto Juvenil - Universidad Siglo 21 de Córdoba
- Profesor invitado en la Pontificia Universidad Católica de San Pablo, Brasil
- Profesor del Programa de Postgrado: Clínica Psicoanalítica con Niños y Jóvenes. Universidad Alberto Hurtado. Chile.

**LIBROS PUBLICADOS**

- “Trabajos de la lectura, lecturas de la violencia. Lo creativo-lo destructivo en el pensamiento de Winnicott”. Editorial Paidós. 2009.
- “Futuro porvenir. Ensayo sobre la actitud psicoanalítica en la clínica de niñez y adolescencia”. Noveduc. 2008.
- “El psicoanálisis de nuevo. Elementos para la deconstrucción del psicoanálisis tradicional”. Eudeba. 2004.
- “Dibujos fuera del papel”. Paidós. 1999.
- "Estudios Clínicos: Del Significante al Pictograma a través de la práctica psicoanalítica". Paidós. 1992.
- “El niño y el significativo” Paidós. 1988.

**LIBROS PUBLICADOS EN COLABORACIÓN**

- “Adolescencias – trayectorias turbulentas”. Paidós. 2006
- “Proyecto Terapéutico”. Paidós. 2004
- “La problemática del síntoma”. Paidós. 1997.
- “Trastornos narcisistas no psicóticos”. Paidós. 1995.
- "Pagar de Más". Nueva Visión. 1987.
- "La clínica Psicoanalítica en Niños y Adolescentes". Lugar. 1986.



## 3.2 CONFLICTIVIDAD FAMILIAR Y ADOPCIÓN. DRA. ELVIRA A. NICOLINI\*

---

### 1. Una premisa

Ocuparnos de algunas problemáticas ligadas a la adopción, en el ámbito de la clínica psicoanalítica, requiere, en mi opinión, examinar una cuestión que constituye un punto de partida.

Considero que es útil establecer una diferencia entre aquello que en psicoanálisis (así como en otras disciplinas) se conoce como causa determinante y aquello que pertenece al orden de las “condiciones de posibilidad”. Estas últimas se refieren a ese ámbito del psicoanálisis que confiere valor eminente al *après coup* como proceso de resignificación y producción de sentido.

Pensar que un acontecimiento dado, la adopción en este caso, es la causa determinante de una ulterior evolución psíquica del sujeto y de sus vínculos, equivale a atribuir al hecho mismo una eficacia decisiva en una relación de causa-efecto que deja en la sombra o coloca fuertemente en un segundo plano tanto la naturaleza altamente compleja de los procesos intrapsíquicos e intersubjetivos implicados, como la vertiente de la singularidad de los itinerarios que podrían ponerse en marcha. Complejidad y singularidad constituyen rasgos específicos de nuestra práctica teórico clínica. Razón por la cual pensar en términos de “condiciones de posibilidad” consiste en poner en primer plano la toma de consciencia de una causalidad cuya complejidad y multiplicidad consiente innumerables ensamblajes y recomposiciones. En cada uno de ellos el acontecimiento (la adopción) deviene un componente necesario (pero no suficiente) en el interior de las posibilidades y de los recursos de la trama

inconsciente intra e intersubjetiva de los miembros del conjunto familia.

Desde la perspectiva de la causalidad, por tanto, la eficacia de un acontecimiento dado, como la adopción, sólo podrá colegirse desde el *a posteriori*, es decir, que podrá adquirir significaciones variables y mutables a lo largo de la historia del sujeto singular y del conjunto que lo constituye y que él, a su vez, viene a constituir.

Puesta esta premisa adquiere sentido afirmar que la adopción puede devenir un acontecimiento traumático para todos los que participan en esta experiencia, en la medida en que ella viene a desarticular el orden “natural” en el imaginario. Es lícito pensar que esta específica discontinuidad exija un plus de trabajo psíquico, y especialmente simbólico, dado que la ausencia de un vínculo de sangre requiere que se constituya un espacio simbólico capaz de producir una sutura. Ésta se nutre, por tanto, de palabras que expresan emociones y vivencias que van más allá de las vías habituales de la experiencia compartida. Efectivamente, entre los lugares instituidos en la familia, la adopción requiere un suplemento: “adoptado” o “adoptivos”. Si nos paramos a pensar, encontramos un léxico particular que intenta operar esa sutura de la discontinuidad (“hijo del corazón” o “hijo del deseo”, por ejemplo), o bien quizá la vuelve más evidente en el intento de reducirla (“segundo nacimiento”, por ejemplo).

Este plus de actividad simbólica intenta conferir un sentido compartible a la experiencia singular y nombrar emociones que, si bien son también expresión de

cambios histórico-culturales transubjetivos, se colocan siempre en la frontera de lo indecible y lo impensable.

Este plus de palabra intenta colmar y velar un vacío, un imposible, aquello que no ha sido, una ausencia, un carencia y, por tanto, una diferencia. Una vertiente de este vacío atañe:

- Para los padres adoptivos a la ausente procreación biológica,
- Para el hijo a la pérdida del lazo con sus orígenes biológicos, afectivos y culturales,
- Para todos a la exigencia de hacer frente a muchas incógnitas, huecos incolmables sobre el porqué y el cómo de las vivencias y del transcurso de vida precedente.

Este vacío, esta negatividad que sanciona una diferencia que la palabra intenta suturar, se refiere a la continuidad biológica dada por el vínculo de consanguineidad. Esta continuidad (y su opuesto) tiene múltiples implicaciones imaginarias, ligadas esencialmente a la dimensión narcisista e identitaria del sujeto y del conjunto de pertenencia. Pienso que todos nosotros hemos sido testigos de afirmaciones como las de aquel padre que dijo: “sobre el pequeño puedo garantizar, porque lleva mi sangre, sobre ese otro (aludiendo al hijo adoptado), en cambio, ¡qué podemos esperar!”. Estas palabras indican con extrema inmediatez la diversa investidura narcisista relativa a ambos hijos y la condición prioritaria asignada a la continuidad/discontinuidad genética como fundamento capaz de “garantizar”, o bien obstaculizar, aquella especularidad identificadora tan posible como necesaria.

La adopción es por tanto una marca identificante (tanto para los padres como para

el hijo) heredera de una imposibilidad y de una diferencia.

Esta marca identitaria influye sobre nuestra lectura de los indicios clínicos. Especularmente a lo que acontece en el interior de familias adoptivas, existe para nosotros el riesgo de polarizarnos, asumiendo una de dos posiciones antitéticas muy frecuentes. Una de ellas responde a la denegación, a la cancelación de la diferencia: en esta óptica la adopción deviene condición universal inherente a la parentalidad, dado que todos los padres, en cierto sentido, son adoptivos respecto de la alteridad del propio hijo/a. Con este argumento esa marca identitaria (y lo que comporta en relación a un trabajo de duelo necesario) es desmentida al fundirse y confundirse con la condición humana.

En la otra vertiente corremos el riesgo de polarizarnos, a veces en una inconsciente complicidad con la familia, atribuyendo a la adopción una presencia preeminente y monopolizadora que recubre la escena clínica. Involuntariamente podemos asignarle el valor de causa hegemónica de las dificultades y de la sintomatología presentes en la familia y/o en sus componentes. Frecuentemente los padres llegan a consulta con la certeza de que tanto las dificultades del hijo/a cuanto el sufrimiento y los conflictos familiares son directa o indirectamente herederos de aquella condición.

En una sesión Lia cuenta un episodio sucedido en el transcurso de la semana que, dice, la ha conmovido y angustiado. Antonio, el cónyuge, la mira sorprendido. Lia cuenta que se hablaba de las próximas vacaciones y Gaia, la hija adoptiva de dieciséis años, volvió a quejarse de las precedentes. “¡Me habéis hecho perder 20 días de mi vida!”, dijo. Y Antonio dio como respuesta: “Y tú me has arruinado la vida!” Lia añade que estas

palabras la habían dejado de piedra por su dureza. Antonio minimiza: “¡Pero era una broma! Gaia lo sabe. Estás creando un problema inexistente”. Y así cierra el asunto.

Efectivamente estos padres consideran que la hija adoptiva es la causa única y exhaustiva de cuanto padecen, “el problema”, aquello que está echando a perder la relación entre ellos, tiempo antes perfecta. Esas palabras que iluminan repentinamente ciertos sentimientos, dicen una verdad (si bien parcial) que debe ser inmediatamente desmentida. Y en su denegación aflora aquella certeza relativa a una causalidad hegemónica.

Las posiciones antitéticas descritas tienen un efecto común: tanto la pre-clusión inherente a la denegación, como la hegemonía asignada a la adopción en el orden de la causalidad, obstaculizan la posibilidad de introducir y articular las experiencias – y heridas a ella conectadas – en el interior de una red simbólica (de palabras, de pensamientos compartibles, de emociones nombrables) que pueda conferirles un sentido. Un sentido capaz de sostener una continuidad narcisista necesaria (si bien ilusoria y siempre parcial) al conjunto familiar y a los sujetos que lo integran.

## **2. Filiación y adopción**

La adopción constituye una modalidad particular de la filiación: trabajo vincular a través del cual se constituye y se incluye a un sujeto en el interior de una familia, de una descendencia, de un linaje (Gaspari, E. et al. 1994a, 1994b).

La filiación es un proceso que admite distintas modalidades que, en su singularidad, se entretejen en un determinado contexto

histórico y social. Si bien la ciencia y el desarrollo tecnológico ofrecen hoy múltiples modalidades de fecundación, lo que es considerado “natural” conserva y afirma su privilegio indiscutible.

La adopción retiene ese valor atribuido a aquello que es “natural”, al evitar intervenciones y manipulaciones médicas que suscitan fantasías de incontrolable intrusión.

Ella comporta ese trabajo de apropiación recíproca que tiene comienzo en la pareja parental para asegurar al hijo un lugar posible en el tejido interfantasmático que ha de acogerlo e incluirlo en el orden generacional.

Este trabajo de apropiación tiene por objetivo hacer del hijo un símil, homogéneo, congruente o compatible con aquel entramado, e implica esa “violencia de la interpretación” (Aulagnier, 1975), primaria y necesaria, inevitable para la humanización del infans, que está presente universalmente en el trabajo de filiación, si bien con resultados distintos. Este proceso de apropiación, que se manifiesta, por ejemplo, en la imposición de un nombre, o de ciertos ritmos y modalidades en los cuidados maternos, o en las cualidades personales de una presencia con capacidades empáticas variables, etc., encontrará su límite en el reconocimiento de una ajenidad presente en el hijo, cuando éste no refleje las fantasías anticipatorias de los padres. Una ajenidad desilusionante que, en el vínculo adoptivo, vuelve este proceso más complejo y puede provocar un mayor riesgo de exceso: un exceso de interpretación y, por consiguiente, de apropiación y de violencia, en el intento de colmar aquella carencia, ese vacío al que nos hemos referido.

Es, de cualquier modo, un trabajo que viene a metabolizar ese vacío, virtualmente traumatizante, que no termina cuando el hijo



es investido con el deseo parental. Requerirá un continuo proceso de transcripción, de resignificación y recomposición del vínculo, particularmente difícil en la adolescencia avanzada, tanto para el hijo mismo como para los padres.

Este proceso de resignificación y recomposición del vínculo hace posible la creación de un lazo de confianza. Es una creación difícil precisamente porque esa confianza ha sido herida en la precedente experiencia y a menudo concederla se ha mostrado peligroso y decepcionante. Se trata de la confianza del hijo en la fiabilidad de los padres y en la confianza de ellos en sus propias capacidades para hacerse cargo de ese niño, en sus particulares dificultades, sujeto de una historia singular y de ciertas heridas. Como señala Winnicott, se trata precisamente de un trabajo de cura y no sólo de cuidados parentales. La confianza es por tanto el posible resultado de un itinerario rico de pruebas, incertidumbres, obstáculos e inevitables fracasos. Requiere una fuerte disponibilidad para tolerar y reconocer como *emociones reales* el sentimiento de incompetencia, de temor, de culpa, de desilusión, de fracaso (parcialmente también necesario), la toma de consciencia de los propios límites. Pero requiere también la capacidad de disfrutar en la experiencia compartida y de conservar el sentido de confianza en las capacidades "autoreparadoras" del hijo y en sus recursos.

La creación que se sigue de ello puede hacer posible ese recíproco reflejo especular que sostiene la consolidación de un sentido de pertenencia y de certezas básicas imprescindibles para la construcción subjetiva recíproca.

Es la importancia dada por el psicoanálisis a este trabajo simbólico de construcción del

sentido, que se despliega (o no) en el interior de las relaciones, lo que en la clínica nos hace escuchar y atribuir particular valor a la coexistencia de versiones y composiciones distintas, traídas por los componentes del conjunto. Versiones distintas en las que se advierten omisiones, lagunas, contradicciones que, en el trabajo terapéutico (pero también en la vida misma) están ahí para poner en marcha recorridos transformadores, nuevas creaciones de sentido y experiencias diversas que enriquecen el vínculo.

En cambio, la reproducción de una versión unívoca y cerrada, pretendidamente concluyente en su estaticidad, denuncia no sólo cuanto de indecible y de impensable permanece sujeto al repudio y a la escisión. Denuncia simultáneamente el exceso de violencia y apropiación abusadora, así como la mutilación del pensamiento que se sigue de ellas.

¿Pero en qué contexto emotivo y de experiencias se coloca la adopción? En una vertiente, la disolución de la continuidad imaginaria entre concepción y filiación puede poner en marcha la producción de ciertos nudos particulares que requieren elaboración psíquica. La esterilidad es con frecuencia atribuible a uno de los componentes de la pareja, por lo que el otro se encuentra con la opción de renunciar (o no) a su propia capacidad reproductiva. Y el que se siente portador de la esterilidad de la pareja, además de tener que tolerar la herida narcisista que esta realidad comporta, a menudo siente sea sentimientos profundos de insuficiencia, de culpa, de humillación en su relación con el partner, sea el temor de ser abandonado o bien objeto de un odio irreducible. El diagnóstico de esterilidad comporta una situación altamente crítica de los equilibrios internos e intersubjetivos de la pareja. Se impone como un duelo a veces irreducible

porque hiere gravemente ese sentido de unidad imaginaria que encuentra en la filiación biológica su más acabada expresión. Amenaza también con empobrecer la intimidad sexual de la pareja al privarla de un significado que la valora socialmente, subordinándola a ciertos ideales culturales.

Decía antes que la adopción comporta un plus de trabajo psíquico que no se agota en el deseo de maternidad-paternidad. A veces el hijo adoptivo es hijo de la resignación o de la necesidad de colmar el vacío que comporta el reconocimiento de la "pérdida" de fertilidad de la pareja. Cuando esta *necesidad* prevalece es sabido en qué medida la investidura de ese niño será claudicante.

El deseo de adopción implica, a mi entender, algo más. No sólo el deseo de un hijo y la elaboración del duelo por la faltante continuidad biológica. Estas son premisas indudablemente necesarias pero quizá no suficientes. Tal vez requiere el deseo profundo de algo nuevo y diferente, capaz de dar un renovado sentido a la propia vida personal y de pareja en la investidura de un objeto-sujeto-otro (Kaës, 1994) que permita transformaciones y relance la investidura narcisista del vínculo mismo de pareja.

Este deseo legítimo a veces se asocia con la idealización de la parentalidad, y en particular de la adoptiva, como acción loable y ennoblecedora, al asumir el cuidado de un niño que de otro modo no tendría condiciones de vida dignas o quizá no lograría sobrevivir. Se idealiza asimismo la completitud que la llegada del niño y su crecimiento pueden conferir al vínculo de pareja (como ocurre también en la parentalidad biológica), herido por los decepcionantes intentos procreativos precedentes, por los embarazos perdidos o por las manipulaciones médicas.

Esta idealización obstaculiza la disponibilidad interna para reconocer las inevitables dificultades que se presentarán a través del recorrido. Obstaculiza también la capacidad de tolerar la propia ambivalencia de los padres, y aquella que pueden captar en la mirada, en los silencios y en las actitudes de rechazo del hijo. Obstaculiza asimismo la capacidad de pedir ayuda. La clínica nos muestra con frecuencia este efecto de la idealización (propia de la lógica binaria que ella instaura) en la desazón del autorreproche o de la acusación cargada de odio, en la certeza de un fracaso doloroso que se siente irreparable.

En el dispositivo clínico familiar ha llamado recurrentemente mi atención una particularidad: el especial énfasis acordado a la importancia de las buenas maneras en la educación del hijo adoptivo, a las modalidades comportamentales que debe respetar, a su vestimenta y al lenguaje a utilizar, en el respeto minucioso de las reglas sociales. Como si los padres, a través de este rigor, expresaran la exigencia interna de demostrar su competencia parental, pero también el temor de que el hijo pueda ser objeto de discriminación o de rechazo (¿proyectivo?) por parte de otros. Como si los modales correctos y agraciados y el éxito escolar del hijo tuvieran para ellos una función aseguradora y vinieran a conjurar cuanto pueda haber de desconocido e impensable en su pasado, al disipar la sombra de una diversidad inquietante y amenazadora.

Como sucede a menudo en psicoanálisis, la patología, en su exceso, arroja luz sobre nuevos componentes de procesos complejos como aquél del que nos ocupamos.

La clínica me ha mostrado que, en ciertos casos, la voluntad de adopción se nutre inconscientemente de motivaciones que, si bien en su singularidad y diversidad, osaría agrupar bajo el deseo de los padres de negar sus propios orígenes y de realizar una fantasía autogenerativa instituyente de un nuevo linaje, de una estirpe desarraigada de cualquier vínculo precedente. En estos casos la discontinuidad biológica inherente a la adopción es la llave que hace posible esta refundación identitaria de los padres, un “segundo nacimiento” que a menudo denota trazos megalomaniacos.

Intentaré hacer más clara esta hipótesis con un breve ejemplo clínico.

### **3. Un fragmento clínico**

Una pareja consulta por las graves dificultades del primero de los cuatro hijos adolescentes adoptados. Este hijo, cuyo país de origen es el mismo que el de sus padres, además de los continuos actos de pequeña criminalidad (hurtos, violencia en la calle, lesiones a ancianos y extracomunitarios, etc.), ha amenazado de muerte tanto al padre como a los hermanos, no sólo con palabras, sino también agrediéndolos físicamente de forma decididamente peligrosa. Esta pareja ha adoptado un segundo hijo asiático, un tercero africano y un cuarto latinoamericano. Ambos padres son profesionales y tienen fuertes convicciones religiosas. Cada uno de ellos tiene una historia personal y familiar dolorosa y su unión parece sostenida por un pacto denegativo (Kaës, 1994) construido sobre la fantasía de una autosuficiencia absoluta y de alcanzar elevados ideales que confieran excepcionalidad al vínculo y a cada uno.

Durante las entrevistas iniciales se hace casi inmediatamente evidente un trastorno

paranoide del marido-padre, que se traduce en celos intensos en relación a su mujer (acusada de robar tiempo y disponibilidad a la familia a causa de su trabajo) y, en particular modo, en el cruel comportamiento en relación al primer hijo, desde pequeño. Son comportamientos que pretende justificar con principios educativos destinados a volverlo “respetuoso de la autoridad y de las reglas” cuanto lo es él mismo. Ahora está aterrorizado por las amenazas y por la fuerza física del hijo. Este hijo “delincuente”, denuncia en sus actos la condición megalomaniaca e insostenible de ese pacto denegador que se propone instaurar al padre en una posición de supremo dios creador.

Mientras desarrolla sus teorías pedagógicas en un largo monólogo, se irrita e interrumpe bruscamente a su mujer cada vez que ésta quiere hablar, acusándola de “traición”, considerando deslegitimadoras sus intervenciones. Así se repite en el coloquio aquello que sucede en la vida familiar, y ella intenta decir que los celos del marido, así como su modo monopolizador de imponerse, han obstaculizado siempre cualquier posible cercanía y tierna intimidad con los hijos, especialmente con el primero.

Esta reedición en el ámbito tranferencial, en la que se pone en acto la imperiosa necesidad de monopolizar toda mi atención, colocando a la mujer, callándola, cual enemigo a eliminar, no sólo me impide pensar. Este padre me contará que es un hijo no amado y no deseado, que siempre ha sido sometido a comparaciones humillantes respecto de su hermano, el primogénito, bello, inteligente y de éxito, idealizado por lo padres y por él mismo. Todo me hace pensar que el odio y la rivalidad fraternas se han desplazado a su relación con el primero de sus hijos. Este hijo, no deseado por la madre biológica, es la humillante representación de sí mismo.

La mujer-madre, a merced de una angustia creciente y abrumadora, movida por la ambivalencia, oscila entre un intento de defensa de su hijo (que el padre quiere excluir de la vida familiar) y la percepción de la necesidad del marido de continuas confirmaciones reaseguradoras, para protegerse ella misma de la violencia de él por el temor que le tiene. En esta constelación ella está consagrada al autosacrificio salvífico del conjunto familiar, enfrentada a un dilema de imposible solución entre la prepotencia del marido, el peligro que pesa sobre los otros hijos y la lealtad materna con el primero de ellos. Hay una amenaza de disgregación familiar que el padre deposita en el mayor de los hijos, y de la que éste se hace portavoz y depositario (Bleger, 1967).

Este dilema la paraliza. Al hablar de su familia de origen emergió un sentido de profunda indignidad ligado a las molestias sexuales sufridas de pequeña y tenidas en secreto “para impedir el definitivo desmoronamiento” de la pareja de sus padres y, dice, “proteger a mi madre ya sufriente de suyo”.

También este hijo “delincuente” trata de “proteger a su madre, ya sufriente de suyo”: ella no sólo es la única en la familia que no tiene que soportar sus amenazas, sino también la única a la que él se dirige afectuosamente, a quien hace confidencias y de quien espera una posible ayuda. Advierto que existe entre ellos una silenciosa alianza de solidaridad, que excluye al padre-esposo, confirmando a éste la “traición” de la que se siente objeto.

Inicialmente me había impresionado esta cuádruple adopción de varones con características somáticas tan distintas. Pensé

que era una elección intencional y significativa. Me preguntaba cuál era el tejido interfantasmático inconsciente de la relación que demandaba una tal elección. Mi hipótesis es que ese vínculo está construido sobre la base de una fantasía compartida omnipotente de autogeneración, destinada a “sanar”, con este pacto inconsciente, las dolorosas e intolerables heridas impuestas por los propios orígenes, el sentido profundo de indignidad y humillación, de desprecio sufrido y de fragilidad de los vínculos constitutivos. Todo ello, habría sido cancelado imaginariamente, eliminado por un “segundo nacimiento” (actuado repetidamente a través de la adopción de los hijos) capaz de proporcionarles una identidad nueva, un sentido de excepcionalidad incomparable, como efectivamente parece serles reconocido en el ámbito de la pertenencia religiosa: son un modelo a imitar.

Si nos detuviéramos a considerar las características individuales de los sujetos que sellan este pacto insostenible y condenado al fracaso, al estar fundado en un supuesto omnipotente (por parte de ambos), emergerían ciertas diferencias entre ellos. En la mujer prevalece un intento autoreparador y reparador de la pareja fantasmática de sus propios padres, encaminado a desmentir la fragilidad de ellos a través de la alianza con un hombre “fuerte” (el marido), supuestamente capaz de protegerla. En él predomina en cambio la vertiente paranoide y megalomaniaca, que pretende instaurarlo como creador del mundo.

Las amenazas de muerte y destrucción hechas por el hijo, las agresiones dirigidas a los ancianos por la calle, el rechazo de cualquier interdicción y de las normas consensuales, pero, y especialmente, la violenta deslegitimación de aquél que se dice “padre”, ¿no ponen en acto, en el centro de la escena, esta fantasía de eliminación de los orígenes? ¿No ponen en acto la fantasía

autogenerativa de los padres? Él no se reconoce a sí mismo como hijo, aunque esto lo enfrenta trágicamente con la posible consumación del parricidio.

Con este fragmento clínico y en el exceso de una grave patología de los vínculos familiares (pero no sólo) pretendía, empero, subrayar la presencia en la adopción de componentes inconscientes de autoreparación y reparadores de los vínculos originarios, lo cual es tanto como decir la construcción de nuevos vínculos destinados a consolidar el sentimiento de confianza en los propios recursos internos. Pero esto requiere tanto la desidealización de la parentalidad y de los padres que se habría deseado tener, como la aceptación de los propios padres en tanto que personas reales, en sus claudicaciones y carencias. Itinerario que permite afrontar la experiencia personal como padres en la aceptación de límites y singularidades.

Es, como señala Kaës, un proceso que se entreteje en las vicisitudes de la "novela familiar" (Kaës, 2002).

#### **4. La adopción y el imaginario social**

Hay aún otro vértice que creo necesario considerar. Si consideramos las condiciones que hacen posible que las parejas adoptantes puedan sentirse legitimadas en su función parental, vemos que confluyen una multiplicidad de variables pertenecientes a dimensiones heterogéneas. Algunas de estas variables pertenecen a las dimensiones intrapsíquica e intersubjetiva, inherentes al mundo interno e interfantasmático de la pareja, a sus historias personales y su historia vincular, a los acuerdos y pactos inconscientes (estructurantes y/o

denegadores) que sostienen su relación. Hemos intentado delinear sintéticamente hasta aquí algunos de estos aspectos.

Hay una tercera dimensión que, en mi opinión, incide notablemente en la legitimación de los padres adoptivos, y en volver por ende posible tanto la asunción de sus funciones como que ese niño pueda devenir efectivamente hijo. Es la dimensión transubjetiva.

La adopción como institución social se apoya sobre un trípode: están los padres que conciben y llevan a buen fin el embarazo, pero no pueden o bien no quieren o bien no son capaces de asumir la maternidad-paternidad del hijo que han procreado. El segundo componente de este trípode es el Estado, que tiene la responsabilidad de garantizar la vida y una cierta calidad de vida a sus ciudadanos, a los niños que tienen necesidad de ser cuidados, vale decir que tienen necesidad (y el derecho) de tener una familia. El tercer componente son las parejas que desean asumir la maternidad-paternidad de niños que no han procreado.

Seguramente no sea fácil aceptar emotivamente que este hijo ha sido concebido y ha mantenido un vínculo tan íntimo (como el implícito en el embarazo) con otras personas que le han dado la vida y la han conservado. Puede suscitar un sentimiento doloroso de ajenidad, de insuficiencia, especialmente si esta experiencia (el embarazo, con lo que comporta emocionalmente como vivencia de completitud y de creatividad confirmada en ambos integrantes de la pareja) se ha demostrado irrealizable. La situación clínica que expondré a continuación, a mi entender, ejemplifica también las dificultades que obstaculizan una firme investidura del hijo adoptivo y sus posibles consecuencias. Una claudicante investidura que es también



consecuencia de estos sentimientos de ajenidad e insuficiencia.

¿Pero qué posición es atribuida a los procreadores en la historia de los hijos adoptados y en la propia historia de la pareja adoptiva? Sabemos en qué medida esta posición depende no sólo de los fantasmas singulares y de la producción fantasmática de la pareja. Estas producciones se nutren y se articulan con el imaginario social de pertenencia. Están, por tanto, saturadas en mayor o menor medida por los discursos que habitan ese conjunto histórico-cultural dado. Hay significaciones imaginarias sociales que instituyen discursos sobre los cuales se asientan ciertas prácticas y ciertas hipótesis teóricas también nuestras, como operadores del ámbito de la salud (Baramendi, 2003).

En este sentido me he reencontrado en aquello que escribe Marco Mastella (2002) cuando comenta lo que dicen los autores de una Editorial (di Minori e Giustizia, 2, 1997) sobre el derecho de los hijos adoptivos a ser informados sobre sus orígenes. No me detendré aquí en los detalles, si bien en esa Editorial, para sostener sus argumentaciones desfavorables, los autores se refieren a los padres biológicos que los hijos habrían, supuestamente, idealizado, diciendo que “ellos son totalmente diferentes de aquellos [que lo hijos] han mentalizado, borrachos, toxicómanos, enfermos mentales, abandonadores, violentos, rechazadores”, y, como escribe Mastella, “¡quien tenga más que ponga!”.

Ciertamente esta descripción (tan elocuente como ideológica) refleja sólo fragmentariamente el imaginario social. Empero la adopción está muy ligada en ese imaginario a la idea de un abandono que a menudo no es entendido como una

experiencia subjetiva, emotiva, una vivencia psicológica infantil legítima más allá de la realidad de los hechos. Es considerada sólo como un hecho en su materialidad. Un abandono atestiguado por la concreta separación y la pérdida, ocurridas por razones que los padres adoptivos casi siempre desconocen. Demasiado a menudo, implícitamente, ellos atribuyen a los padres biológicos una precisa responsabilidad en ese sentido.

Una responsabilidad que no siempre puede excluirse, pero es igualmente sabido que la adoptabilidad de un niño es, con frecuencia, jurídicamente establecida (aun contrariando el deseo de los padres), sobre la base de una evaluación que dictamina la imposibilidad de éstos (o de una madre soltera, a veces) de criar al hijo. Hay ciertamente una distancia entre el deseo de hijo y la condición de posibilidad de los progenitores de cuidarlo “adecuadamente”, pero es este deseo lo que se espera que los padres adoptivos puedan asumir, haciéndose depositarios de él. Más que un “segundo nacimiento” que vendría a sustituir (¿a cancelar?) al primero, es esencial reconocer la dignidad de este último y de las experiencias vividas.

Las afirmaciones contenidas en esa Editorial demuestran cómo ese vacío de saber pueda ser colmado con cualquier contenido imaginario, a menudo descalificador y sólo congruente con las necesidades y deseos de quien sea su autor.

Pienso que atestiguan cuán difícil es, a veces, para los padres adoptivos, hacerse cargo del deseo de maternidad-paternidad de los padres que han procreado a ese niño. De un deseo quizá irrealizable o claudicante. Quizá imposible o desconocido. Quizá incluso auténtico. Pero es precisamente este deseo

*de otra pareja el que los padres adoptivos son llamados a asumir y a hacer propio.*

El interrogante sobre los orígenes que el hijo adoptivo se plantea atañe precisamente al deseo de aquellos que lo han procreado. En este sentido, me ha parecido muy significativa la observación de S. Bleichmar (1997), que reflexiona sobre las problemáticas relativas a la apropiación ilícita de niños secuestrados muy pequeños con sus padres (luego *desaparecidos*), o bien nacidos en cautividad en el transcurso de la dictadura militar argentina instaurada en 1976. Niños que, parcialmente, han sido después recuperados por sus familias de origen. Esta psicoanalista reflexiona sobre un hecho a su entender muy significativo que se ha verificado en la clínica: a menudo ha sucedido que los niños (ya adolescentes o adultos) legalmente adoptados en los mismos años de la dictadura, tenían la fantasía y el deseo de ser hijos de *desaparecidos*. Deseo que al comienzo se manifestaba como temor o preocupación, que han compartido incluso con sus padres adoptivos, motivando la consulta psicológica. ¿Por qué ese deseo? Porque ser hijo de *desaparecidos* vendría a atestiguar de manera irrefutable el auténtico deseo de los padres biológicos de concebirlos, el amor con el que habrían esperado su nacimiento y la certeza de que ellos habrían querido tenerlos consigo. Habrían sido arrancados de ellos por una fuerza exterior, cruel y violenta.

Las declaraciones contenidas en esa Editorial permiten entrever al mismo tiempo en qué medida pueda volverse difícil la (también normal) construcción y transformación de la novela familiar en los hijos adoptivos, en tanto que fantasmática personal necesaria que desempeña una función de primordial importancia en el sostén del itinerario de crecimiento, de autonomía y de subjetivación.

Pero si pesa sobre los padres biológicos, que no desempeñan funciones parentales, una aplastante sanción moral, pesa sobre los padres adoptivos, como contrapartida (implícita) especular, la exigencia de una perfección capaz de poner remedio a ese “desastre”. Existe en el imaginario social un ideal de familia que se sostiene sobre una presunta *certeza*: que el vínculo de sangre pueda por sí mismo garantizar, en la filiación, la “natural” integración de componentes heterogéneos (biológicos, psicológicos y culturales). Una concepción que al identificar procreación e investidura libidinal del infans entreteje esos componentes en un todo indiscernible.

Las cuestiones problemáticas que se plantean con la adopción ponen en discusión ese todo de significaciones imaginarias que, además, confunden el “deseo de maternidad” con el “deseo de hijo y por ese hijo en particular”, en el léxico de P. Aulagnier.

También el llamado “derecho al olvido” de quien ha procreado (que se ha instituido precisamente para proteger la vida de quien ha de nacer, garantizando el anonimato de la madre que lo dará en adopción) deja entrever, paradójicamente, el valor fundamental asignado al vínculo de consanguinidad y, por tanto, la necesidad de obstaculizar aquella temida “poderosa llamada de la sangre” (que frecuentemente emerge en la adolescencia del hijo) para impedir que “vulnere” el lazo psicológico, legal y social que sostiene la legitimación de los padres adoptivos.

Estas convicciones, presentes en el imaginario social, debilitan el contexto transubjetivo, cuya función es operar como soporte para aquellos que adoptan y para el hijo mismo, reconociéndolos como personas reales a las cuales no es exigida perfección alguna: ni siquiera estos padres serán perfectos, ni

siquiera este hijo será capaz de colmar el vacío de una experiencia jamás tenida (la del embarazo y de un hijo biológico). Se ha escrito a menudo sobre el sentimiento de vergüenza sentido por los padres y los hijos adoptivos, sobre las fantasías de hurto (que a veces son más que fantasías) y sobre sentimiento de culpa más o menos inconsciente correlativo a las mismas.

Es ciertamente una cuestión muy compleja que atañe directamente a una vertiente de la clínica con padres adoptivos, para que éstos no nutran este fantasma original de abandono y desamor como realidad efectiva, dado que esto facilitaría su congelamiento.

Quizá es también nuestro deber, como componentes del tejido social y como psicoterapeutas, contribuir a la transformación de ese imaginario social y, por tanto, de los discursos y las prácticas comunitarias que de él se derivan.

### **5. La cuestión de los orígenes en la familia adoptiva**

Muchos autores concuerdan en considerar que la problemática específica de la adopción como modalidad de filiación se entrelaza y actualiza en la pregunta sobre los orígenes. Es un interrogante que retorna en los padres e hijos adoptivos y que suscita angustias profundas e incommensurables, indecibles y a menudo impensables. En torno a esta pregunta pueden anudarse fantasías, enlaces entre representaciones y afectos, también con otros personajes significativos. Pueden entretenerse versiones de una historia necesaria para construir, deconstruir y reconstruir esa identidad propia, siempre inacabada y necesitada del sostén de otros.

La cuestión de los orígenes en la familia adoptiva remite también a las modalidades (el cómo y el cuándo) con las que ella es afrontada y metabolizada, o bien rechazada y proscrita. Son modalidades que sólo pueden ser desplegadas en la singularidad de cada vínculo entre padres e hijos. Se relaciona también frecuentemente con las fantasías relativas al influjo que esos orígenes dados (y las experiencias precoces vividas) puedan tener en el ulterior desarrollo infantil y de los vínculos familiares. Y más aún. Es una cuestión que seguramente afecta a todo ser humano y a cada familia, pues, tal y como señala P. Aulagnier, pone los cimientos, los fundamentos mismos, las certezas necesarias para la construcción de una subjetividad singular. Comprensiblemente, adquiere rasgos particulares y asume una especial problemática en las familias adoptivas.

Digamos enseguida que no se trata sólo de una cuestión de información, por completa y verosímil que ella sea. La voluntad de decir “toda la verdad” tiene siempre una contrapartida inquietante. No se puede decir jamás toda la verdad, porque la verdad misma es inalcanzable, tiene siempre zonas de sombra. Y a veces la clínica ha evidenciado que en la necesidad de “decirlo todo” se esconde algo, a saber: la imposibilidad del progenitor de contener una “verdad” intolerable cargada de ambivalencia, de depositar fuera de sí un problema interno jamás elaborado.

Permanecerá, inexorablemente, un amplio margen a lo desconocido inherente al núcleo vivo de lo que se desearía “saber”: ¿qué le habrá ocurrido a esa madre? ¿Qué sentimientos habrá tenido hacia mí? ¿Por qué me ha “abandonado”? ¿Por qué me sucedió a mí? ¿Qué sentimientos tendrá ahora por mí?



¿Pero...tendrá algún pensamiento en lo que a mí se refiere? ¿Por qué he sido adoptado? ¿Por qué ellos me escogieron precisamente a mí? Etc. Y este resto irreductible es el que moviliza a lo largo de cada recorrido vital singular, "si todo va bien", una búsqueda de sentido, siempre inacabada y, por consiguiente, siempre presta a renovarse en nuevos escenarios imaginarios y emotivos. La adolescencia avanzada es quizá el escenario en el que esta problemática se plantea explícitamente con extrema vivacidad.

Cada familia y cada sujeto construyen un mito sobre sus propios orígenes. Como hemos dicho en un escrito precedente:

"Es sabido que de cada mito hay múltiples versiones, a veces contradictorias, siempre fragmentarias, con aspectos claros y otros inciertos, oscuros o dudosos. Como escribe M. Viñar (1986) '...la transmisión de la duda y del equívoco, de la opacidad-oscuridad de un saber a mitad es tan importante como la transmisión de un texto'. ¿Por qué? Porque esa opacidad, esa incertidumbre (dentro de ciertos límites) que se deja entrever en los equívocos y en la naturaleza contradictoria y la ambigüedad de algunos fragmentos, permite un trabajo psíquico de apropiación, de transformación, de reinterpretación, de búsqueda y de creación de un sentido propio allí donde el sentido se escapa, donde falta.

Se trata de un trabajo psíquico personal que la certeza de un texto unívoco impediría. Ese texto unívoco que caracteriza el grave trastorno vincular en las familias en las que pesa la prohibición de pensar, de dudar, de preguntar, cuando algunos fragmentos significativos son abolidos y constituyen secretos inafrentables que resquebrajan las certezas básicas absolutamente necesarias.

Este trabajo personal de apropiación y rechazo, de búsqueda y construcción de sentido, con todas sus implicaciones emotivas, es la operación que consiente la adquisición de una subjetividad singular y es al mismo tiempo su puesta en obra. Ciertamente es que, precisamente por ello, es el trabajo del análisis." (Califano y Nicolini, 2000).

Cuando una respuesta unívoca, que se pretende completa y exhaustiva, sustituye a esa búsqueda, la clínica nos muestra que la fantasía y el pensamiento callan, desaguando amplias fuentes de la actividad psíquica y de la vida emotiva. En ese inquietante silencio hablan ruidosamente las actuaciones y el cuerpo. Hablan en los trastornos del carácter (Nicolini, 1992), en los comportamientos antisociales, en las impulsiones y en los disturbios psicosomáticos, o bien en los delirios y en las patologías más severas.

Se entiende por tanto cuán importante y necesario sea que en los sujetos que han vivido la experiencia de la adopción, esta pregunta sobre los orígenes pueda permanecer abierta, y qué valor y significado tenga la calidad de la acogida, de la disponibilidad interna y afectiva que la pareja parental (y la familia adoptiva en su conjunto) puedan garantizar en el apoyar este recorrido, en sus movimientos y sus detenciones.

No es una tarea simple y su complejidad pone inevitablemente en movimiento, en todos los componentes de la familia, ansiedades y fantasías que afectan a nudos muy sensibles, ya sea de la trama subjetiva personal, ya sea de los vínculos sobre los que ella se sostiene.

Dada esta complejidad y la diversidad de condiciones en que hoy acontece la adopción (considerando el andamiaje cultural y de intervenciones médicas, legales y psicológicas, de evaluaciones múltiples y a menudo divergentes, con el personal bagaje emotivo que cada una de ellas adquiere en la historia de cada protagonista individual) me limitaré necesariamente a subrayar algunos aspectos, privilegiando la vertiente de los vínculos y las producciones interfantasmáticas familiares.

Por decirlo con otras palabras, quisiera aprovechar esta ocasión para compartir con vosotros algunas reflexiones relativas a ciertas problemáticas emergidas en mi práctica clínica con familias y padres adoptivos y con pacientes que han pedido ayuda para afrontar esta problemática.

En mi experiencia, si debo guiarme por lo narrado por los padres, la pregunta por el origen puesta por el hijo adoptivo está, quizá, hiperpresente, precisamente en virtud de su casi total ausencia. Se trata ciertamente de familias cuyo tejido y algunos de cuyos componentes presentan dificultades más o menos graves. Si esa pregunta puede tener connotaciones inquietantes para los padres adoptivos, parece constituir a menudo el núcleo de lo indecible.

Cuando a lo largo de un recorrido de consulta o de terapia emerge la cuestión de los orígenes, tal y como ha sido afrontada con el hijo/a, lo que he encontrado en la práctica es la reiteración de una formulación unívoca, siempre idéntica a sí misma. Osaría decir vacía. Como si los padres explícita o implícitamente quisieran dar a entender una absoluta ignorancia y extrañeza relativas a todo lo que se refiere a este argumento. Una “respuesta” despojada de cualquier connotación personal, de cualquier trazo

singular. Por tanto una respuesta-no respuesta, porque bien podría valer para cualquiera, de tan aséptica y genérica que es. Muy frecuentemente en ella está ausente cualquier conexión con las experiencias precedentes a la adopción vividas por el hijo, aunque hayan acontecido cuando él tenía ya algunos años y era por tanto capaz de conservar recuerdos fragmentarios. Pero también una “respuesta” carente de referencias a las propias vivencias parentales, al itinerario emotivo que les ha llevado a recorrer el camino de la adopción, a las preguntas que en el pasado y actualmente se plantean sobre los orígenes del hijo y las emociones que ellas podrían suscitarle o suscitarles a ellos mismos. Esto siempre me ha parecido extremadamente significativo como indicio no sólo de un rechazo, de una suerte de tabú, sino especialmente de una intimidad afectiva ausente. ¿Cómo podría construirse una relación de confianza en este silencio? ¿Cómo podría constituirse un proceso de historización subjetiva y de condiciones para la elaboración de los duelos en este silencio?

Si hasta hace algún decenio la condición de hijo adoptivo se mantenía en secreto durante mucho tiempo, con la justificación de ahorrarle un “saber” con virtuales efectos traumáticos, hoy ese secreto se ha desplazado sólo un pequeño paso, valiéndose de ese mismo argumento. Un gran temor sobre la curiosidad del hijo y sus posibles consecuencias obliga muy a menudo a los padres no sólo a callar lo que “saben” de sus orígenes, ofreciendo sólo una respuesta cerrada, escurridiza, genérica, de manual, sino también a evitar casi cualquier referencia a la propia experiencia. Callan sus propias vivencias, las expectativas, las emociones sentidas en el encuentro, las dificultades que han afrontado juntos, los propios interrogantes no resueltos. Por lo cual el proceso ligado a la construcción de los propios orígenes deviene para el hijo un

argumento que suscita inquietud y sentimientos de culpa, o que siente que debe recorrer silenciosamente y en soledad.

## **6. Un caso clínico**

Milena y Dino pidieron una consulta de pareja por sugerencia de una colega a la que se habían dirigido en la búsqueda de ayuda por las dificultades escolares de sus hijas gemelas. Al coloquio inicial vino sólo el padre, la mujer se había quedado en casa, dado que, dijo, no sabían con quién dejar a las hijas de casi 10 años. Me habló de las dificultades escolares de las niñas que habían adoptado cuando tenían dos años. Después, sin embargo, por problemas burocráticos, las niñas pudieron llegar a Italia sólo tras haber cumplido los 4 años. Por su descripción emergía una situación muy preocupante relativa a las dificultades de aprendizaje (pero también de socialización) de las hijas. El padre lo relataba de forma banalizante y superficial, y me impresionó que hablase de ello con semejante distancia. No hizo referencia alguna a problemas de pareja o familiares. Se limitaba a ejecutar un trámite (¿burocrático?) que le había sido indicado. No opuso resistencia alguna a mi solicitud de profundizar en algunos temas: las niñas no visitaban ni a sus compañeros de colegio, ni a amigos, estaban muy unidas entre ellas, “comprensiblemente”, dijo, hacían todo juntas, no tenían necesidad de otros contactos sociales y efectivamente tampoco ellos, los padres, tenían amigos o parientes. La mujer se dedicaba exclusivamente a las hijas, que la ocupaban muchísimo. Él, Dino, pensaba que las niñas crecían con mayor lentitud que otros niños. Por ejemplo, una de ellas aún contaba con los dedos para sumar dos más dos, pero ambas eran “mucho más educadas de cuanto lo eran otros compañeros y hablaban correctamente, más correctamente de lo que lo hablaban muchos coetáneos”.

Las emociones, tan ruidosamente ausentes en este encuentro, entraron no menos ruidosamente en escena en el coloquio sucesivo con la presencia de M., la mamá de las niñas. Ella, cuando logró hacerse con un espacio y vencer la inhibición y la sujeción respecto del marido, mostró una gran ansiedad por las gemelas. Lia y Lea estaban muy atrasadas en el colegio y también muy aisladas. Ella debía “protegerlas” porque sentía que podían sufrir todo tipo de exclusión y maldad, tanto por parte de los coetáneos como de adultos de todo género. Estaba literalmente aterrorizada ante la posibilidad de que pudieran ser secuestradas, violadas o padecer otras formas de violencia. Eran miedos que se alimentaban cotidianamente con las noticias de los telediarios. Anticipaba continuamente con sus pensamientos y sus medidas preventivas escenarios aterradoros. Las acompañaba a todas partes y permanecía con ellas para atenderlas, también en el colegio. Naturalmente no había consciencia alguna del vínculo existente entre todo ello y el aislamiento social de las niñas. M. las alimentaba, las lavaba y las vestía con extremo cuidado, las ayudaba con los deberes (actividad extenuante porque las niñas no querían hacerlos y era muy agotador convencerlas y obtener algún resultado). M. decía sentirse (y se la veía) exhausta por la fatiga de su ansioso empeño, del que no lograba sustraerse. Dijo explícitamente y muy conmovida que su dedicación permanente y exclusiva era “la única cosa que daba un sentido” a su vida. D., el marido, la escuchaba sonriente durante pocos minutos y después se dirigía a mí como quien retoma un discurso entre adultos, apenas interrumpido (inoportunamente) por las quejas de una niña asustada por fantasmas imaginarios. “Son sus paranoias... son cosas exageradas... no quiere dejar nunca a las niñas, ni siquiera con la señora que viene todos los días a limpiar la casa y a la que conocemos desde hace años. Hoy las hemos dejado con mis padres, que

son ancianos. ¡Es su carácter! ¿Qué debo hacer?”. Expresaba sus juicios con aire de superioridad, convencido de la inutilidad de una intervención suya más decidida e implicada.

M. encontró también la manera de decir que no lograban tener nunca tiempo para ellos, para hablar y compartir preocupaciones. Las niñas se adueñaban del padre en cuanto volvía del trabajo, lo invadían con sus charlas o planteándole preguntas ininterrumpidamente, pero siempre las mismas (“¿cuándo se muere?”, “¿vosotros moriréis?”, “¿puedo tener apendicitis?”, “¿se puede morir de apendicitis?”, “¿estoy demasiado delgada?”). M. se sentía excluida. D. argumentó que era “comprensible”: era el único lapso de tiempo que las hijas podían compartir con él. Estas preguntas insistentes, siempre las mismas, relativas a la muerte, al cuerpo y a la enfermedad imprevista, me hicieron pensar que las niñas se sentían en peligro. ¿Eran miedos que quizá reflejaban las amenazas presentes en las fantasías maternas? Pero ellos no se preguntaban qué sentido podían tener. No estaban ni sorprendidos ni sentían curiosidad. Sentí cierta desazón por la ausencia de una resonancia afectiva parental, especialmente por lo que respecta a Dino. Milena me parecía demasiado ocupada en otros escenarios internos que debía afrontar sola.

Ninguno de los dos lograba captar problema alguno en las hijas o en la relación con ellas, más allá de lo que subrayaban sus maestras. Todo lo contrario: me contaron que tras la adopción fueron durante un tiempo a un grupo de padres adoptivos que se reunía periódicamente (organizado por la institución a través de la que se había realizado la adopción internacional) y escuchaban desconcertados las descripciones de los demás padres que contaban las distintas

dificultades que atravesaban sus niños. Cuando se les preguntaba a ellos cómo estaban “las niñas”, se encontraban con que no tenían nada que decir, “no había habido jamás ningún problema”.

Tras la segunda interrupción espontánea de embarazo, Milena había “decidido” inmediatamente que habría adoptado. Dino se había limitado a aceptarlo (como hacía por lo general y como he pude ir verificando en varias ocasiones) y a ejecutar lo necesario para la adopción. Un proyecto que había obstaculizado la elaboración del duelo por la pérdida sufrida por la pareja.

“Aquí yo soy vuestra mamá”, decía frecuentemente M, mientras intentaba imponer a las hijas que le fuese reconocida alguna autoridad. M. reprochaba al marido que no la apoyase explícitamente y, en lugar de eso, se sometiera ciegamente a las exigencias de las hijas, sin escuchar las suyas. De este modo, dijo, nadie la escuchaba. Pero esta frase suya, recurrente, me hizo pensar que con ella hacía explícita su convicción interna de tener sólo una función vicaria, en relación a la madre biológica: una figura que la aterrorizaba y cuya reaparición espiaba en el comportamiento de las hijas. Sólo tras un gran esfuerzo y entre llantos, logró hablar de ello en una sesión, mucho después. Tenía mucho miedo de que tarde o temprano apareciese en las niñas la perturbación psiquiátrica de la madre genética, pues ésta era una de las informaciones recogidas en el país de origen de las niñas.

Sin embargo eran visibles los indicios de desarrollo sexual de las hijas, los cambios en el cuerpo que inquietaban a M. de forma particular. Nunca había hablado de ello con ellas y no se sentía capaz de hacerlo, como su madre no había hecho con ella. Las veía muy poco preparadas para afrontar estos temas y

el posible cortejo de chicos mayores. Temía las miradas que las niñas suscitaban por la calle o en la escuela, los comentarios que podían intercambiarse los varones. Estos temores se relacionaban con el hecho de tener la fantasía de que la madre biológica fuera una mujer promiscua.

M. había pedido a D. que “hablara” con las hijas sobre la sexualidad, pero él consideraba que eso no era asunto suyo y minimizaba las continuas preocupaciones de la esposa. Se hizo evidente que ambos temían intensamente el crecimiento de las hijas y desalentaban cualquier empuje de ellas dirigido a la adquisición de una pequeña autonomía, valiéndose de y promoviendo, inconscientemente, sus dificultades de socialización y el vínculo indiscriminado y generador de confusión entre ellas: compartían la cama, la ropa, los juegos, los tiempos y las actividades cotidianas. Todavía entonces, con casi 10 años, las vestían igual, las lavaban y peinaban, iban a la misma clase y tenían los mismos compañeros. No se había planteado jamás la hipótesis de que una de ellas pudiera tener intereses o preferencias diferentes de la otra, si bien me dijeron que, aun siendo gemelas, eran físicamente distintas.

Estos grandes miedos de los padres (sobre el crecimiento, la individuación y la sexualidad) generaban en ellos una profunda ambivalencia y convertían a las niñas en extrañas, amenazadoramente “algo otro”.

Esta intensa ambivalencia se traducía en un sentimiento de insuficiencia y de culpa que desembocaba en esa extenuante lucha cotidiana, encaminada a derrotar al fantasma de una presencia extraña y al mismo tiempo invasora. Una presencia fantasmática aterradora (la de la madre biológica) respecto

de la que se sentían indefensos y que inconscientemente aplacaban al asumirse a sí mismos como padres sólo vicarios, legitimados en esta función por la posibilidad, dijeron, de ofrecer a las niñas un bienestar económico y una condición social inaccesibles para la familia de origen.

En los padres adoptivos, el tejido fantasmático relativo a los orígenes del hijo y a sus vivencias traumáticas precoces puede inducir procesos defensivos inconscientes fuertemente contradictorios, de distanciamiento y desinvestidura, o bien, y al mismo tiempo, de intrusión alienante, de exceso de violencia en el intento (inconsciente) de alejar y derrotar a esas presencias, a esos fantasmas. Pero también en el tentativo de atribuir un sentido, precipitadamente, a lo que ocurre en el vínculo y lo vuelve inquietante. Procesos defensivos contradictorios (e imprevisibles para el hijo) que generan confusión, perplejidad, inseguridad porque sus causas son incomprensibles.

El movimiento de desinvestidura narcisista se traduce en una ritualidad de acciones debidas y emotivamente desilusionantes para ambas partes, marcadas por la insatisfacción y la agresividad culpabilizante. Esta ritualidad vacía puede inducir en unos y otros el sometimiento a exigencias, pero también a reglas e imperativos vaciados de esa empatía que, de otro modo, podría conferirles un sentido de pertenencia y crear una intimidad, en la singularidad de la existencia cotidiana compartida. Es un circuito de acciones y reacciones, de recíproca sobreexcitación que privilegia el actuar en perjuicio de procesos de fantasmaticación y de pensamiento.

De esta primera fase de consulta emergieron, a mi entender, dos cuestiones a explorar: las



dificultades relativas al aprendizaje escolar de las hijas y los miedos de los padres relativos al futuro de ellas. Decidí entonces hacer algunos coloquios familiares. Me permitirían conocer a las niñas y profundizar en las dinámicas presentes en los vínculos familiares en su conjunto, las modalidades relacionales presentes entre padres e hijas y en el vínculo fraterno.

### **Las sesiones familiares**

En las sesiones familiares me impresionó mucho el modo en que los padres se mantenían aparentemente aparte, con una actitud que reducía su participación a la de meros auxiliares. Me parecía que no sabían dónde o cómo colocarse en relación con esas niñas, empeñados en ofrecer suministros concretos y fácticos a sus solicitudes, dirigidas (a mi entender) a implicarlos. Coherentemente, Lia y Lea dibujaron su familia colocando en el centro al padre, la madre a su derecha vestida de camarera y con arneses para la limpieza doméstica y ellas dos, una junto a la otra, a la izquierda de la figura paterna. Este mantenerse distanciados, separados de ellas, la no participación en los discursos o juegos de las niñas, me confirmaba el sentimiento de ajenidad respecto de las dificultades de las niñas.

Sin embargo pronto se hizo evidente que M. ejercía un control absoluto sobre cualquier particular. Este control hecho de razonables sugerencias, miradas y pequeñas amonestaciones con las que anticipaba cada movimiento de las niñas (“siéntate bien”, “usa el pañuelo”, “espera que tu hermana termine de hablar”...) era frecuentemente deslegitimado por D. Él ignoraba sus intervenciones o bien concedía, con actitud paciente, todo lo que las hijas pedían. Ellas se dirigían a él en busca de aprobación, de

confirmación, de promesas (“¿Te gusta mi dibujo?”, “Después me compras...”).

Estos padres parecían muy empeñados en dar a las hijas una “buena educación”. Pero sus intervenciones, si bien en apariencias hechas con “salvíficas” intenciones educativas, lo que hacían era interrumpir cada secuencia autónoma, quebraban cada juego espontáneo de fantasía, cualquier empuje o movimiento del pensamiento.

Mientras Lea hablaba contando pesadillas aterradoras en las que, perseguida por animales feroces, perdía partes del cuerpo o era engullida por un vórtice negro, Lia copiaba tenazmente en silencio una figura cogida de una revista que había llevado consigo, aparentemente por su cuenta, pero atenta a los movimientos de la hermana. Después había dibujado una figura humana en cuyo interior, en transparencia, se veía un bebé. Cuando le pregunté qué había dibujado, me explicó con cierta dificultad que de pequeña quería ser veterinaria para poder ver “con mis propios ojos”, a través del ano del animal, si tenían un bebé en la panza. Alrededor de este pensamiento se agolpaban emociones, inquietud, embarazo y confusión: la cuestión de los orígenes, del deseo de saber, una teoría sexual infantil, la necesidad de indagar en primera persona (“con mis propios ojos”) algo oculto que se sustraía a su mirada, la confusión de las zonas erógenas y el interés por el cuerpo y sus secretos. Lia, que se había mantenido silenciosa hasta entonces, había expresado con intensidad emotiva lo que quizás todos ellos guardaban secretamente dentro de sí. Dejaba entrever toda esta problemática (como el bebé en transparencia de su dibujo) preguntándose, tal vez, si era ése el ámbito propicio para plantear cuestiones silenciadas.

Los padres permanecieron en silencio y el discurso cayó en nada, también porque Lea había vuelto a hablar, y ese hablar suyo continuo me hizo pensar a un frágil hilo que la mantenía cohesionada y le hacía sentirse segura en relación a la ansiedad suscitada por esos fragmentos (piernas, brazos, también la panza) que corría siempre el peligro de perder: una mutilación, un desmembramiento siempre en acto. Este peligro de fragmentación y la dificultad para mantenerse entera, ¿estaban relacionados con la intrusión materna, sutilmente violenta, encaminada al control de ansiedades indecibles?

Mientras hablaba se había puesto a cortar con tijeras, en trozos irregulares, una hoja tras otra. Así la fragmentación del cuerpo se concretaba en el despiece de las hojas que le otorgaban una inquietante realidad, actualidad. Y esos fragmentos caían sobre la mesa, donde, abandonados e informes, se cubrían los unos a los otros. La tijera procedía sobre las hojas, sostenidas en el aire, sin seguir dibujo visible alguno, sin ningún sentido ni dirección previsible, mientras seguía ese flujo de palabras que, como los trozos de hoja, nadie parecía dispuesto a recoger, tal y como había ocurrido con el dibujo y las palabras de la hermana.

Entonces me encontré diciendo a Lia y Lea que habían tenido el coraje de llevar a ese primer encuentro sus preocupaciones y sus temores, así como aquello que deseaban. Nos lo decían a mí y a sus padres que, quizás para no interferir, se limitaban a ser espectadores silenciosos. Dije también que me preguntaba si por ello Lia y Lea no se sentían un poco solas para afrontar por su cuenta estos pensamientos y emociones.

Dino entonces intervino para decir que Lea siempre hablaba tanto como entonces,

también con su hermana, ininterrumpidamente: “¿Y qué se le podía decir? Sólo se la podía dejar hablar”.

Entonces he pensado que el flujo de palabras tenía para Lea no sólo el objetivo de mantenerla unida, de hacerla sentirse viva, para contrarrestar el miedo a ser absorbida por el “vórtice negro”. Quizás tenía asimismo una función en el conjunto familia: era una frágil telaraña con la que intentaba tener unida a la familia, crear un tejido que los hospedase, colmando un vacío en el que corrían el peligro de perderse.

El vínculo de extrema y recíproca dependencia entre esta madre y las hijas (que eran atendidas como si no tuviesen 10 años sino muchos menos) impedía la necesaria discriminación, la separación y la individuación (también en el seno de la relación fraterna de las gemelas). La ausencia de efectivas funciones parentales y la distancia de D. en su indiscriminado consentir cualquier petición de las hijas, casi automático, me hizo pensar que era un modo colusorio de no implicarse, dejándolas prácticamente solas. Ese modo de conceder, automático, para no implicarse personalmente parecía que quisieran silenciar precipitadamente cualquier iniciativa de las niñas o cualquier movimiento interno.

La atención exasperada sobre los aspectos formales, en detrimento de los movimientos de la fantasía o del pensamiento, parecía constituir una modalidad defensiva encaminada a mantener la apariencia de “normalidad” que ahora el crecimiento de las hijas y la realidad exterior (el colegio, por ejemplo) ponían en peligro. La intensidad de la ambivalencia parental se expresaba sintomáticamente tanto en la distancia emocional paterna, así como en los terrores y en las modalidades maternas de atenderlas,

intrusivas y al mismo tiempo desvitalizadas. Basadas en el empeño “debido” y vaciado de empática cercanía. Creo que el sufrimiento visible de M., únicamente enmascarado por su hacer cansado e infantil, quejoso, se relacionaba asimismo con una seria perturbación del vínculo de pareja, que se manifestaba también en ese desapego banalizante del marido.

El movimiento defensivo arriba indicado (la coexistencia de intrusividad controladora y desinvestidura), hecho necesario por las terroríficas fantasías maternas, alimentaba un exceso de violencia, un intento de apropiación y una intrusión manipuladora que se acompañaba de la imposibilidad de afrontar el tema de los orígenes y los constreñía a un absoluto silencio sobre ello. Un silencio que lo era también respecto del duelo por los embarazos perdidos (dos, como son dos las gemelas) y las circunstancias virtualmente traumáticas vividas en el pasado por las hijas. Este pasado es proyectado en el futuro, en las catastróficas previsiones que pueblan las fantasías de Milena y se actualiza en las pesadillas de Lea, así como en la búsqueda que Lia expresa con tanta turbación.

Habían eliminado de la casa cualquier documento y cualquier rastro sobre el origen de las hijas, que según ellos jamás habían

preguntado nada y no recordaban ya su pasado. Sabían ciertamente que eran adoptadas, también por su distinto color de piel y las diferentes características somáticas que no los asemejaban. Pero a los padres se les había dicho, por parte de personas con autoridad, que era mejor esperar a las preguntas de ellas... que, siempre según ellos, no habían llegado nunca. En cualquier caso, añadió M. presa de la emoción, no habría podido jamás contar a las hijas lo que fragmentariamente sabían, y que ella evocaba con imágenes “de pesadilla”. D. cerró el discurso diciendo: “No hay nada que podamos hacer, así que no tiene sentido hablar y hacerse paranoias”.

Estas condiciones no sólo hacen inaccesible a Lea y Lia aquel trabajo de apropiación y de elaboración fantasmática de la propia historia que conferiría a ésta figurabilidad y una posible representabilidad psíquica. Además, como muestra la clínica en la vertiente de lo intergeneracional, la ausencia de este trabajo podría obligarlas a asumir sobre sí la sombra de un fantasma, la repetición de lo que permanece no elaborado en la historia parental y/o en la trama fantasmática familiar, imponiéndoles asumir inconscientemente la identidad de un intruso temido (aquella madre biológica enferma mental). Precisamente la de esa presencia extraña e invasora que se desearía eliminar: el retorno de lo forcluido de los orígenes.

## **Bibliografía**

- Aulagnier, P. (1975) “La Violenza dell’interpretazione”. Borla, Roma, 1994
- Baramendi, A. (1993) “Adopció: imaginario social y legitimació del vinculo”. Psicoanálisis de las configuraciones Vinculares, 2003 - n°1, Buenos Aires.
- Bleger, J. (1967) Simbiosis y Ambigüedad. Buenos Aires, Paidós.
- Bleichmar, S. (1997) “El traumatismo en la apropiació - restitució”. Eudeba, Buenos Aires
- Califano, V. e Nicolini, E. (2000) “Narcisismo e Intersoggettività”. Relazione presentata al Convegno Nazionale della Società Italiana di Psicoterapia Psicoanalitica. Montecatini Terme, 2000.
- Gaspari, R.; Rajnerman, G.; Santos, G. (1994<sup>a</sup>) “Adopció: una filiació posible”. AAPPG, 10° Jornadas, Buenos Aires



- Gaspari, R.; Rajnerman, G.; Santos, G. (1994b) "La pregunta por el origen en la familia adoptiva". In: Estructura y acontecimiento. Revista AAPPG 1994, n°2, Buenos Aires
- Kaës, R. (1994) "Il gruppo e il soggetto del gruppo". Ed.Borla, Roma
- Kaës, R.: (2002) "Filiazione e Affiliazione. Alcuni aspetti della rielaborazione del romanzo familiare nelle famiglie adottive, nei gruppi e nelle istituzioni". In: La filiazione problematica. A cura di Maria Clelia Zurlo. Liguori Editore. Napoli
- Mastella, M. (2002) "Il vero figlio adottivo dei suoi veri genitori adottivi". In E. Trombini (a cura di) Dolore Mentale nel percorso evolutivo. Edizioni Quattro Venti, Urbino.
- Nicolini, E.; Schust, J. (1992) El caracter y sus perturbaciones. Una perspectiva freudiana. Paidós, Buenos Aires
- Viñar, M. (1986) Donde comienza la historia de Edipo? In: Temas de Psicoanálisis. n° 7, Montevideo.



**\*Sobre la Autora:**

Hablar de la Dra. Elvira Nicolini tiene una larga trayectoria profesional tanto en Argentina como en Bolonia (Italia). En dicha ciudad desarrolla su actividad docente en la Universidad y en diversas instituciones de pos grado. Actualmente es miembro de la Asociación Internacional de Psicoanálisis de Familia y Pareja de la que es fundadora y es Secretaria Científica del grupo de investigación sobre pareja y familia de la Federación Europea de Psicoterapia Psicoanalítica.

Tiene numerosos artículos publicados y dos libros "El Carácter y sus Perturbaciones, una Perspectiva Freudiana" (1992) en coautoría con Jaime Schust y "Pareja y Familia en el Psicoanálisis: subjetividad y alteridad" (2008) libro del que es compiladora y autora.

## 4 PSICOANÁLISIS Y CULTURA

Este espacio estará destinado a presentar textos sobre el psicoanálisis aplicado a diferentes disciplinas.

**En este número:**

Algunas Reflexiones sobre el film “Las Invasiones Bárbaras” **por Roberto Fernández.**

En este trabajo el autor plantea sus reflexiones sobre la sociedad actual basándose en la obra del director Denys Arcand.

Y, además, abrimos un nuevo apartado en esta sección:

### **Entre amigos: reflexiones, reseñas y comentarios**

Donde, en esta ocasión, presentamos la **reseña** del Taller Teórico-Clínico dictado por el Dr. Eduardo Paolini en la Sede de la Asociación el pasado 13 de noviembre con el tema: **“Psicoterapia de grupo en adolescentes con trastornos de la conducta alimentaria: evaluación y observación, psicoterapia en hospitalización y grupos de post alta ambulatoria”.**

Realizada por **Carmen García y Mónica Vadillo.**

### **4.1 ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE EL FILM “LAS INVASIONES BARBARAS”\*. ROBERTO FERNÁNDEZ\*\***

---

El film canadiense “Las invasiones bárbaras” fue producido en el año 2003, concebido con el deseo de continuar la exitosa presentación de “La decadencia del imperio americano”, (traducida también como “El declive del imperio americano”, en 1986. La idea de su guionista y director Denys Arcand, fue la de visitar a los mismos protagonistas, diecisiete años después, como un modo de representar, por sus avatares personales, el recorrido de la caída anunciada, en el contexto de nuestra cultura.

Los protagonistas, representantes prototípicos antropológicos del mundo occidental, basado en el modelo americano impuesto al finalizar

la segunda guerra mundial, resultan portadores de un proyecto de libertad generado en torno a la década de los sesenta, como secuela de la “guerra fría”. Dos mundos enfrentados especularmente al amparo de ideologías socioeconómicas divididos por un muro situado en Berlín. Forman parte de una clase media en ascenso social, entre cuyas características se procesa un desarrollo intelectual cuestionador del orden vigente. Aspiraciones a un mundo más equitativo, en cuanto a la distribución de las desigualdades existentes, apoyan y promueven proyectos de libertad para las costumbres, la política, la sexualidad, las expresiones colectivas públicas y el desarrollo cultural y laboral, con un modelo de bienestar social. Expresan su

protesta ante la presión del imperialismo norteamericano, en el marco de la guerra de Vietnam. Admiran modelos socialistas y aspiran a la recuperación de un lugar europeo de mayor protagonismo en el escenario mundial.

El grupo de profesores universitarios canadienses del primer film, se halla ya retirado de la función docente, esparcidos por diferentes peripecias de sus vidas. La acción toma a Rémy, profesor de Historia retirado, divorciado, oscilando entre los cincuenta y cinco y sesenta años, en el momento de ser hospitalizado para que se le efectúe un diagnóstico urgente. Su ex esposa, Louise, decide llamar a Sébastien, el hijo mayor de ambos, que vive en Londres, con su esposa, Gaëlle. Sébastien, ejecutivo en una multinacional de inversiones financieras, sostiene un conflicto con su padre, con quien tiene poco que hablarse.

Se percibe criticado por él, debido a su trabajo y modo de vida, como habiéndolo decepcionado. Tras conversarlo con Gaëlle, empleada de una casa de remates, decide acudir, acompañado por ella. Es la angustia de su madre en su llamado la que lo conmueve y convoca para hacer lo posible por su padre. Esta secuencia marca el inicio de una travesía, la del hijo que retorna hacia el padre, de quien se hallaba distanciado, en confrontación generacional, convocado por su madre para desanudar el conflicto que los separa y la familia padece, cada uno en su singularidad, ante la inminencia de la muerte. Ese regreso a la encrucijada dolorosa, que también “divorciara” sus afectos, en un intento de reparación, marca el encuadre de un poderoso y riquísimo trabajo de duelo. Trabajo que no sólo habrá de realizar la familia en cada uno, sino también los amigos que, como generación, acompañaran los momentos de juventud, los presentes en la anterior saga, la

de los jóvenes profesores que asumían sus vidas plétóricos de desafíos, envueltos en utopías que habrían de cambiar el mundo, reivindicando el placer y la libertad. Ese primer film, que permitió utilizar el modelo metafórico de la decadencia del imperio Romano de Occidente como episodio histórico de la humanidad, describe los comienzos de la disolución. Aquí, ya estamos asistiendo a la disolución en sus efectos. Invadidos por la presencia de las “tribus bárbaras”, metáfora de los “nuevos dueños del mundo occidental”. Los nuevos ordenamientos sociales semejan en su vertiginoso avance, el nuevo “poder”, la presencia de “hordas bárbaras” que todo lo afectan con su acción.

Dénys Arcand, es un cineasta que utiliza el lenguaje cinematográfico para expresar sus inquietudes filosóficas y sociales. Pensador reflexivo sobre su tiempo, apasionado por la historia y por los seres de distintos órdenes sociales como protagonistas expresivos de los cambios y los lenguajes de diferentes épocas. En este film, los “bárbaros”, organizados tribalmente, invaden los tejidos sociales y muestran sus efectos en las instituciones, en los discursos, en las creencias, en los valores, veloz y violentamente sustituidos por nuevas concepciones de vida, de la historia, de las religiones, de modelos económicos y sociales que transforman las culturas. Algo es “arrasado”, como lo es el cuerpo y la vida en la persona de Rémy, por la presencia de un cáncer que lo devora, que lo conmina a despedirse de un mundo que vivió muy intensamente. Con él, todos los que lo acompañaron se implican en un trabajo de duelo colectivo. La acción del film ilustra con hallazgos notables en la escenificación, en el planteo de los diálogos y en los lugares que ocupan los protagonistas, dando cuentas de sus cambios. Un fuerte clima dramático conduce a la aceptación de finales trágicos, al enfrentamiento con la muerte como amo supremo, donde el esfuerzo de rescate de

valores se convierte en mensaje de vida y en aliento de esperanzas para un mundo futuro posible y aún desconocido.

Han pasado 17 años desde el momento de apogeo de todos ellos. Rémy, el lúcido intelectual enfermo, Louise, su mujer, Dominique, la amiga solitaria, Diane, con sus amantes de todo tipo, Pierre, el sensible amigo "juvenil", con su mujer e hijos, Claude, con Alessandro, su pareja homosexual. Se convierten también en un grupo reconocible en nuestra vida, se nos tornan familiares, pueden ser también nuestros amigos, nuestros compañeros de trabajo, nuestros interlocutores. Ellos también enfrentan el diagnóstico feroz del cáncer, que se apodera de Rémy, tal vez el más locuaz, el más vital y desafiante de ese grupo de supervivientes del naufragio de la contracultura que representaron en su momento, esa lucha contra los valores de una sociedad orientada al culto del consumismo, del poder y del dinero como valor supremo. En este film asistimos a la confirmación de aquellos síntomas agoreros de 1986, como expresión de un diagnóstico terminal, una lucha desigual con un desenlace fatal. Una agonía vitalmente asumida. Rémy y sus antiguos amigos habían abandonado sus ardores juveniles hallando refugio en los pliegues posibles de una sociedad aún de bienestar, donde el Estado provee de cierta asistencia a la vejez y al excluido, envueltos en una vida insatisfecha.

Arcand señala en cada uno de ellos el efecto decepcionante del desmoronamiento de ideologías y creencias que antecedían a la proclama de la posmodernidad. Esos que ahora, desde el discurso oficial, resultan dados de baja. Esa juventud sesentista que había apoyado sus ideales en el poder del amor, del sexo libre, de la exploración de los sentidos, de los excesos y del placer del conocimiento. Cuando Arcand construyó su

"Caída del imperio americano", la informática aún no había desarrollado su irrefrenable despliegue, Rusia aún era la URSS y todavía Berlín estaba dividida por el muro humillante de posguerra. La noción de "globalización económica" (y también cultural) aún no se había acuñado, y no resultaba imaginable que un grupo terrorista pudiera derribar un monumento como el de las Torres Gemelas en Manhattan, Nueva York, centro de ese "imperio del capitalismo norteamericano". Arcand nos estaba anunciando la magnitud de los derrumbes y sus expresiones, como "síntomas". Los sentimientos de los protagonistas y sus reacciones, desde la rabia y la impotencia, hasta el rescate de lo mejor de cada uno en una agri dulce despedida van matizando el film. Los personajes nos llevan con ellos, haciéndonos percibir como rumor de fondo, los signos de una sociedad que va pasando de la decadencia a la corrupción, hasta la putrefacción. Víctima de una suerte de cáncer social que la corroe. Se van los que soñaron con un mundo idealizado donde la justicia y la solidaridad fueran predominantes. El grupo de amigos se reúne para despedir al amigo y también despedirse cada uno entre sí. Las esperanzas se transforman en búsqueda de refundación de algo nuevo.

Arcand es un pensador, un artista, un compañero más, itinerante de nuestro tiempo, que pretende un alivio para el dolor, y junto con ese alivio, la posibilidad de una despedida digna, de una cierta alegría por lo vivido, por la fuerza vivenciada del valor de la amistad y del amor.

El llamado de Louise, expresa un "llamado" a nosotros mismos, como "hijos" y "padres", atrae a la escena del final de la vida de un padre, un sistema, como lo hiciera en los principios de su vida, con el hijo, introduciéndolo a la cultura. El nuestro es el lugar de Sebastián, el lugar de hacer lo

necesario para resignificar el orgullo por lo construido y el de lograr alivio para el dolor actual, facilitando la mejor despedida posible a nuestros proyectos.

Irónicamente, Rémy había sido profesor de historia y amaba la profesión. Sébastien, gracias a su trabajo y posición económica, representante del perfil del mundo actual, puede gestionar lo necesario. Metáfora de un fin de un modo de trabajo y un apogeo de otro, predominante. Rémy requiere aún precisiones diagnósticas no fácilmente alcanzables, defiende sus valores, ingresado en un hospital público, amparado en la seguridad social, que exhibe sus carencias. La cámara pasea por pasillos abarrotados de pacientes, dando a ver la insuficiencia de la atención pública y el abandono de la condición humana en los enfermos. La incomunicación de Sébastien con su padre encierra el enfrentamiento ideológico, la resistencia del padre al camino elegido por el hijo, hijo idealizado que, en sus elecciones parecía expresar “el rechazo a lo que recibiera de su padre” y también el rechazo a los proyectos fallidos emprendidos, el de esa ilusoria felicidad obtenible por la fiebre “divorcista”.

El lugar de Louise, la madre de Sébastien, aparece crucial. Sébastien discute con su padre, que rechaza su ayuda y defiende sus valores pretendiendo ser atendido en las condiciones de aquello que él siempre defendió, el valor de lo público. Sintiendo ofendido y rechazado, descalificado en su capacidad de asistencia por la soberbia de su padre, Sébastien decide retornar a Londres sin intervenir. Louise, su madre, encarna su fundamental posición de mediación y vuelve a “hablar del padre”, le aporta recuerdos de momentos como hijo, que no podía tener, le habla del padre que lo acunó, del padre que no dormía por cuidar de él, de quien le había cambiado sus pañales, de quien lo había

tenido en brazos, llevado al colegio, auxiliado en su formación, simplemente le habla de las tareas que suponen “ser padre”, habiéndole preguntado si ellos, él y su mujer, Gaëlle, habían pensado en tener hijos. Una breve y profunda reflexión acerca de la vida y del trabajo que supone la responsabilidad de tener hijos.

Ese episodio permite que, junto con su madre, indague qué recursos serían los mejores para facilitarle una muerte digna. Es ella quien, como “compañera de vida” de su padre, le brinda la posibilidad, dándole la idea de que sería una enorme alegría volver a ver a sus amigos de la época de la docencia. Sébastien no sólo consigue tener acceso a los mejores métodos diagnósticos, llevándolo a los EE.UU., para disgusto ideológico de su padre, que observa con ironía, desde su posición de izquierda política, sino que también localiza trabajosamente a todos los amigos que están desperdigados por el mundo. Facilita sus viajes contando con sus acuerdos. Todos aceptan “la convocatoria”, para despedir al amigo inolvidable, aquél que fuera centro de la dinámica grupal y generador de lazos profundos entre ellos. La hija de Diane, una de las amigas profesoras compañeras y ex amante (otra “hija”) heroinómana, habrá de proveer los contactos necesarios para contar con la droga que aliviará los dolores terminales de su Rémy cuando todo vaya llegando a su fin. Ella también es “comprada” por el dinero, pero en su aproximación a la intimidad con la vida de Rémy irá encontrando un sentido a su propia existencia. Un “padre” de referencia para ella. Ya no habrá necesidad de “compra”. Habrá intercambio amoroso.

La crítica mirada de Arcand nos presenta esos diversos “momentos de compra”, donde nos habla del amor ausente. El reconocimiento de los ex alumnos del profesor, la recuperación del ordenador robado, por gente del sindicato

del Hospital, la gestión por un lugar mejor con la gerencia del Hospital, etc. En ellos siempre está la posibilidad de que alguien se resista a ser comprado. Al igual que Nathalie, también habrá una alumna que homenajea a su profesor enfermo en gesto de piedad. Los sentimientos, como ligamen humano, hallan espacio ante la indiferencia reinante, ante la materialidad del dinero como artífice del hacer. Ante la “ausencia de reconocimiento” de los “hijos” a los “padres”, de los jóvenes a los adultos, y recíprocamente. Siempre alguien va encarnando la esperanza en los diferentes momentos del film. El sistema inmunitario afectado debilitándose gradualmente, se defiende, genera anticuerpos y hace las veces de exhibición de una sociedad que ha engendrado sus propios bárbaros que habrán de destruirla. La sociedad resulta metaforizada por la enfermedad y su locura invasora.

Rémy es alguien en una búsqueda torturante de sentido para la vida. En sus diálogos con lo asisten, quienquiera fuese, habla desde su lugar. La juventud que soñara con construir un mundo mejor, una educación mejor, una medicina mejor, una asistencia solidaria, libra con Rémy sus últimas batallas. La hija de Diane, a quien conociera de pequeña, drogadicta, proveedora de la heroína aliviante, lo mismo que la alumna que rechaza ser pagada por su asistencia, lo mismo que la enfermera con quien dialoga y la monja con quien sostiene sus polémicas sobre la inexistencia de una justicia divina, representan los esfuerzos de los sujetos herederos del amor prodigado en su vida. La amargura por la decepción de los ideales abrazados en su juventud, ideales que sostuvieron generaciones, es mostrada en su crudeza en los diálogos de Rémy. Una denuncia agria contra los valores economicistas y totalitarios sistemas de poder como agentes destructores de valores amorosos y solidarios. La decepción ante la sangre derramada y los

hijos perdidos por las luchas ideológicas, ante la hipocresía de los grandes movimientos idealizados, como las doctrinas políticas y religiosas, ante la pérdida de sentidos para el vivir y el fracaso en dotar a la vida de valor deseable. El hombre carcomido por el ansia de poder es el cáncer que todo parece corroer. El dolor y la muerte no han logrado salir de la escena, sino que encuentran nuevas legitimaciones.

La historia representada por Rémy se ha quedado sin audiencia y sin respeto, como lo ilustra su despedida como profesor y su sustitución por una profesora que aporta una presencia joven y pragmática. La educación también se ha carcomido en sus fines y funciones formativas. Sin lugar para el afecto y los respetos. Rémy apuntalaba fuertemente su autoestima en su tarea como transmisor a través de la docencia, en la seducción y atracción del otro por medio del saber y del amar, por el calor de la amistad, valores que hace trascender a los de la familia y la fidelidad monogámica tradicionales. Sus hijos son depositarios de ideales de conocimiento, de aventura y libertad. Su hija Sylvanie, está viajando, en barco, formando parte de una expedición de investigación y estudios. Sébastien conocedor de tecnologías actuales y teorías económicas, pero apoyado también en ideales prácticos y amorosos, predominantemente identificado con su madre. El representa para Rémy el fracaso de la transmisión de sus ideales socialistas, pero encuentra la comprensión y el altruismo que también estaba en la mujer con la que lo engendró. También la mujer de su vida, a pesar del divorcio, las infidelidades y la fragmentación inevitable de la vida familiar.

Envejecer, otra herida que se abre. Rémy rechaza, apoyado en su manía desmentidora y su arrogancia de omnipotencia, los peligros que lo acechan. Acude a la apología erótica



del sexo y la acidez crítica de su humor para mitigar su dolor. Esto se repite en los encuentros con sus amigos. Recuerdos de evocación embriagadora, mitigante de angustias y dolores, festivales de erotismo y despliegues de momentos plenos de sensualidades diversas. Cada uno de los convocados habrá de hallar alivio ante la “dolorosa decadencia común”. En sus conversaciones, llaman a esos recuerdos como momentos dichosos para cada uno de ellos. Evocaciones de vida que traían a Rémy el acompañamiento vital necesario para llegar al momento de su despedida. Su hijo había logrado reunir el aporte libidinal suficiente.

Sebastien, brinda a la vez, la oportunidad de reunión de su madre con su padre, con aquellos que fundaron sus orígenes infantiles como “pareja de amor” que, en él, no había hallado una continuidad imaginaria. Con ello estaba a su vez reparando la imagen de un padre a la que había rechazado por imaginarse no tener lugar en él. Reunidos sus amigos queridos, junto a sus padres, integraba imágenes de infancia, representantes de una época valiosa en cuanto a realizaciones de repercusión narcisística para todos.

En esa gestión traba relación con Natalie, la hija de Diane. Nathalie puede acercarle la droga necesaria en virtud de ser ella misma una víctima de la adicción heroínómana. Una joven semejante en su edad y circunstancias infantiles a las suyas, con quien en algún momento de su infancia pudo haber compartido juegos por la amistad de sus padres. Nathalie también es “víctima” de los desvaríos de su madre, de la separación de sus padres, de la adicción al sexo de su madre. Se acerca a Sebastián buscando en él esa diferencia de destino que percibe. Hay una identificación buscada y un ideal

registrado en Sebastián, como alguien que ella misma hubiera deseado llegar a ser. En Sebastián y su mujer, encuentra un modelo al que siente inaccesible para ella. Mediante su relación con Rémy, auxiliándolo ocurre una rehabilitación recíproca, en cuanto a función paternal y filial. Ella se constituye en el doble amoroso de Sebastián. Ese encuentro es fundamental para ambos.

Sebastián “compra” todo lo necesario. Ello inhibe sus expresiones afectivas. Natalie “quiebra” su resistencia amorosa, yendo hacia él en busca de un reconocimiento infructuoso hasta ese momento. El cáncer hace lugar a que se procesen afectos que no habían logrado curso por otros medios. El “cáncer” de Rémy, se transformaba en un poderoso “llamado a la reunión” de todo aquello que estaba “divorciado”, “escindido” y, por lo tanto, desintegrado, en las construcciones familiares y metas alcanzadas. Pese a la “corrupción” del poder del dinero, el servicio al cual se dispone, transforma sus efectos.

Entre los susceptibles de ser comprados, “corrompidos” por el poder que representa, siempre se halla alguien que resiste, que logra hacerle un lugar al amor como medio de pago, como medio de saldar también y fundamentalmente, una deuda amorosa, un modo de recibir una gratuidad. Allí también funciona el mensaje “esperanzador” del film.

Tanto en Sylvanie, la hija de Rémy, como en Nathalie, la joven drogadicta hija de Diane, como en la alumna del curso de Rémy que rechaza el pago por su visita en el hospital, como en la hermana Constance, la monja que procurara la reconciliación de Rémy con su hijo, hablando con él durante su internación, como en Suzanne, la enfermera que lo atiende hasta su final, se encuentran formas del amor, a través de la figura de “mujer”.

“Una mujer” que neutraliza los efectos de los daños y alivia el dolor de la enfermedad y la existencia. La “mujer” que se halla acentuada en la figura de Louise, la esposa de Rémy y madre de Sebastián y Gâelle.

Un proceso amargo tiñe el devenir del desencanto, de la decepción ante la pérdida de los valores idealizados soñados. Reconociendo su frustración, una denuncia contra valores económicos que hacen las veces de “bárbaros invasores”. Invasores que destruyen procesos de cultura trabajosamente contruidos. Transportados por los sueños de una generación que aguardaba un mundo mejor al recibido, que había apostado su vida en lograrlo, y que también se apenaba por los errores cometidos. Errores de “ciegas” cruzadas que no conducían a la felicidad buscada. La decepción trabaja las almas de todos estos personajes que llegan así a despertar las identificaciones posibles entre ellos, trazando un campo común como representantes de una época. La hipocresía humana, la supuesta e idealizada liberación de la sexualidad, la idealizada capacidad de las ideologías libertarias, cuya totalitariedad les impidió cambiar el mundo, como pretendían, la idealización hippie del amor sustituyendo a la guerra, la búsqueda de la felicidad a través de la ruptura de las familias y la inevitable desprotección y deriva desorientada de los hijos, y muchas facetas que ilustran nuestro tiempo, se muestran a través de la metáfora de la enfermedad. Un cáncer que corroe los cimientos de una cultura para derruirla, mediante una invasión descontrolada. Ideas, formas de relación, costumbres, valores, lazos de amistad y de amor, instituciones y formas de institucionalización parecen ser vaciadas de sentido. El conocimiento de la historia aparece como un recurso clave hacia la búsqueda de la reparación posible. El dolor y la muerte que las guerras han traído durante siglos, la

condición humana en su conjunto es puesta en tela de juicio. Cambiar los mundos, ya sea materialmente o ya sea por medio de los alucinógenos. Una lista de placeres y excesos se dan cita en la muestra de estos personajes “contra sí mismos”. Cada uno ha de procesar la dolorosa decadencia y el pasaje de los testimonios posibles.

Los padres que creyeron en utopías colectivas, también habían atacado valores de su propio pasado, pero ahora se encontraban con el fracaso de sus intentos, espejados en sus hijos. ¿Qué hemos hecho mal? ¿Qué nos están diciendo nuestros hijos con sus vidas? La ironía y la burla sobre sí mismos y sus creencias, como canalización de su decepción, encuentra en el grupo de Rémy, un modo de ir elaborando el duelo compartido. Toman escena nuevos sentimientos, desde las evocaciones nostálgicas, hasta la recuperación de esperanzas proyectadas y reconciliaciones con sus productos, pagando simbólicamente las deudas contraídas.

En el film van examinándose valores tales como la fraternidad, la solidaridad, la familiaridad, los lugares de padres e hijos en la transmisión, las vicisitudes del amor y la sexualidad, la responsabilidad, la imaginación y los sueños, la función de los proyectos en la vida, las herencias como expresión de continuidades, las identificaciones instituyentes, el lugar social y la función de la cultura, la historización como medio de enlace y expresión necesaria del trabajo anímico en la inscripción subjetiva de cada uno en su pasaje por la vida. Un conjunto pleno de hallazgos por parte del director y autor. La profundidad del mensaje freudiano en la enunciación psicoanalítica se hace visible en las imágenes: “...lo que se ha heredado, debe hacérselo propio”, como producto del duelar que trabaja desechando e incorporando. Fragmentos y valores pueden ser rescatados

de los restos y hallar transformaciones posibles. Un modo de alcanzar la muerte “digna”, un último cambio sin tanto dolor que imposibilite el trabajo de elaboración, un crepúsculo que permita honrar el día transcurrido antes de arribar a la oscuridad de la noche. El proyecto de “Occidente” vive a su vez su propio fin.

Rémy y su gente muestran su duelo: examinan su recorrido. Historizan su historia. Construyen unas líneas de sentido para su estar juntos en la vida y también para sus propias despedidas y destinos diversos a los soñados. Hay que hallar lugar para lo que no fue posible y también para lo que sí lo fue. Examinar a la vez, como protagonistas de un mundo, lo que el siglo veinte heredó del diez y nueve, pudo trabajar, pudo no realizar, y lo que nos lega en el veintiuno para que nuevas formas sean posibles, formas a las que no habremos de ver, pero que también están en potencia en nuestro legado, a cargo de nuestras descendencias. La muerte “digna” es un pedido de clemencia al vivir, al combate contra la radicalidad ciega que aniquila sin legar.

La muerte representa un final, amo máximo de nuestra vida. Algo habrá de suceder a lo que se va. La hybris griega recobra su valor de significación en la metáfora del cáncer: el cáncer de la condición humana se expresa en el procurarse su propia destrucción en su intento desesperado y sin límites de propagarse, de extender su poder irrestricto, embriagado de su propia producción. El Imperio ha producido sus propios bárbaros, y está padeciendo su invasión. Generar su propio exceso ha sido el camino que ha tomado el diseño de su fin.

Algunas escenas a destacar:

El remate de los íconos y las obras clásicas religiosas, junto con el diálogo entre el sacerdote y Gaëlle, la mujer de Sebastié, como agente de la casa de remates. Los diálogos entre Rémy y la monja Constance en el hospital, lo mismo que con la enfermera Suzanne. Los diálogos con su nuera Gaëlle, en que ella habla de su infancia y sufrimiento con la separación de sus padres y la dolorosa despedida de su padre al irse de la casa familiar. Los diálogos con los sindicalistas en el hospital, con la directora del Hospital. La imagen del empleado azorado mirando por televisión las imágenes del atentado de las torres gemelas. Los diálogos alrededor del fuego. El diálogo entre Sebastié y Nathalie, al arrojar el teléfono móvil al fuego.

El papel simbólico del fuego, en su convocatoria a la intimidad del “estar juntos”, su carácter vital y a la vez su capacidad destructora, su función ambivalente, protegiendo con su calor y a la vez desnudando la fragilidad humana, su condición de desvalimiento ante la naturaleza, la enfermedad y su mismo poder. Su carácter “purificador”. La piedad, el consuelo, la relación amorosa, aludiendo a lo perdurable, más allá de los sujetos, dialogando con la transitoriedad del poder, del sexo y de la vida de cada uno. La corrupción está en el sistema mismo del vivir, como lo está en el seno del ser humano por su condición temporal. Lo mismo que posibilita el poder de vivir, de configurar un tipo de existencia, puede adquirir carácter corruptor, anunciante de un final.

La vejez puede convertirse también en un “bárbaro” invasor de la juventud o el refugio clemente de una vida plenamente vivida. Hay modos “excesivos” de vivir que apresuran su invasión por su desgaste. El invasor no siempre es bárbaro y violento. La dignidad para el vivir se resignifica en el morir.

Sobre la interpretación que propongo:

Mi lectura me hace interpretar un fuerte mensaje vital, en el guión y en la construcción de la película. Hay una concepción de lo humano que sostiene la película comentada en formas comunicativas que conmueven fibras emocionales y resultan capaces de llegar a todo espectador.

Configura un retrato de nosotros mismos que invita a ser visto. Permite pensarnos en la dimensión de la desmesura y sus efectos, en esa dimensión soberbia de las aspiraciones a recubrir la totalidad de las experiencias, al riesgo de la exaltación de las fantasías de omnipotencia que, desprendidas de un límite, apresuran nuestro fin. Ese retrato encuentra su encuadre en el generoso despliegue de los modos de duelar y la importancia de su trabajo para lo anímico.

#### APUNTES SOBRE LOS PERSONAJES.

Rémy es un hombre apasionado, exaltado por su deseo de saber y de explorar los placeres de la vida, tratando de introducir sentidos y razones que legitimen sus desbordes. Sus obsesiones con la sexualidad y la figura de la mujer, como poseedora de un encanto que lo atrae y lo gobierna, hablan de sus fijaciones infantiles a la figura materna. Seducido por las mujeres, se arriesga por ellas tanto como por sus ideas y convicciones ideológicas. Ama a “su mujer” y sus hijos, pero también necesita estar alimentando amantes, seduciendo para desmentir su condición de seducido. Gozando de ser admirado y resultar objeto de comentarios femeninos.

En su apasionamiento por vivir, se envuelve en un discurso idealizante que lo expone a la decepción, un montaje fácil de ilusiones, con

la caída consecuente. Los conocimientos operan como objetos de su insaciable sed, donde se espeja una necesidad intensa de reconocimiento. Se vislumbra, en su itinerante repetición, como reflejo en su hijo, el abandono padecido con la figura paterna de su infancia. Louise, su “eterna esposa”, configura un ideal materno construido sobre la clásica disociación de la madre en una figura idealizada “sacralizada”, excluida del erotismo intenso infantil, y una figura degradada, convertida en objeto de satisfacción. Rémy fracasa en su eterna seducción ante Nathalie. En sus diálogos con él, mientras le brindaba asistencia, lo enfrenta a su verdad. Ella le recuerda su posición infantil, como testigo de las visitas de amantes a su madre. Ello le permite poder identificarse con el lugar sufriente de los hijos en sus aventuras amorosas, sobre todo en sus visitas a Diane.

Nathalie, víctima y testigo, le dice, mirándolo a los ojos, que él es una buena persona y ha sido un buen padre, pero que tiene miedo a morir. Y por ese miedo, se aferra a una vida “que ya fue”, a sus recuerdos, a sus amigos y leyendas, porque él no ama su vida actual. El ya perdió lo que amaba.” Este encuentro con lo perdido en él, con la angustia oculta tras la protesta y el desprecio, permite a Rémy transmutar su lucha, en un intento de reconciliación con el amor de los suyos, desde el reconocimiento de su propia necesidad de amor, su condición humana menesterosa. Será permitiendo a su hijo que le retorne en cuidado y amor, eso que él puso también por él como algo suyo.

Louise, la esposa que lo acompaña, “la mujer de su vida”, heredera de su anhelo maternal, es quien también puede nombrarlo a él como “el hombre de su vida”, cumple el papel mediador esencial a una función materna, que hace lazo y brinda las condiciones para la conciliación. La infidelidad de Rémy, resulta

sorteada con sabiduría, en tanto ella comprende el aspecto infantil compulsivo, incluido en sus ansias de vivir. El conservaba el amor de su madre en el mundo secreto de su despacho y su tarea como profesor. Louise parece segura del valor que ella tenía para Rémy, y despierta el asombro en su nuera cuando le habla sobre la importancia trascendente de la familia y la amistad.

Sebastián queda marcado por el beso de Nathalie, cuando ella ocupa el gabinete de su padre para rehacer allí su vida y recibir la referencia de él. En ese beso encuentra en ella el modo del sentir y captar el deseo de su padre. Ella consigue “encenderlo”, cuando “quema” su móvil llamándolo al mundo de los afectos y las emociones. Una nueva perspectiva se produce para su vida junto a Gaëlle. Pierre, el vital profesor que derrama sus lágrimas acariciando al amigo en la despedida, habiéndose jugado por la amistad, se reencuentra con algo de sí mismo. Desoye así los caprichos de la joven mujer que, con su figura y los hijos que le había dado, le había permitido sentirse aún joven y alejar los fantasmas de la vejez y la muerte. Nathalie, quien volcaba, al igual que Sebastián, el odio hacia su madre (él hacia su padre) sobre sí misma, refutaba el valor de la vida y jugaba a morir con la droga en una suerte de “llamado a ser salvada”, encuentra su camino en el reconocimiento amoroso de un padre, aportado por Rémy.

Sylvanie, la hija viajera de Rémy, en su mensaje de despedida, a través de su imagen en el ordenador que facilita su hermano (también él, como su madre, oficiando de promotor de enlaces), le agradece a su padre que le transmitiera las ganas de vivir y el amor por la vida. Mientras se considera su heredera le hace saber de su amor infantil. Ama la libertad, como él. Toma de su padre lo que su hermano hizo de otro modo. Tal vez por

haber tenido que solidarizarse con su madre en el vacío que su padre dejara. Por haber tratado de evitar ser como su padre, que en sus aventuras se alejaba de ellos como familia y de él en particular. Para Sebastián, facilitar la muerte de su padre es un modo de confesarle su amor y reconocerse en el amor de su padre por él. Así lo expresa Rémy, al abrazar a Sebastián, cuando le desea que pueda encontrar en su hijo, un hijo como él ha sido para él. Rémy, identificado con figuras ideales, creadores grandiosos, deseaba escribir libros trascendentes, tal como se lo confiesa a Nathalie, hablándole de sus aspiraciones no realizadas.

Identificado con lograr un destino trascendente, parece desvalorizar su filiación paterna y mostrarse inmerso en una fantasía de autoengendración que excita su omnipotencia. Desestima el papel de su padre en la conformación y logros de su vida, queda fijado a su madre en sus fantasías infantiles incestuosas excesivas. Tras su frustración por la exclusión que vivencia, se genera en su cuerpo un “exceso” hecho tumor. Una “creación” fallida en relación a sus sueños. Como producto de fantasías infantiles, parece ocupar un lugar destacado el deseo de “darle algo a la mujer madre privada por un padre”. Hacer algo en él como réplica de sí mismo en ofrenda a esa “mujer insaciable”, que como imagen materna, aparece representada por la madre de Nathalie. Rémy buscó ser amado y terminó siendo “mamado”, absorbido por una madre, tal como resulta mencionado en una reunión entre amigos, en una evocación de episodios sexuales, por Diane, hablando de las “mamadas” que le hacían ella y otra profesora, además de las alumnas.

Hablan de “mamadas famosas” practicadas por Diane y Dominique a Rémy. Alardean de haberlo mamado “con fruición y esmero”, pero lamentan que a él no le alcanzara “como para



que le tocan el corazón”. Evocan la anécdota de un presidente de Francia que murió siendo “mamado” por una noble señora, una dama francesa que, a consecuencia de eso, fue considerada como “señora mamada” o “reina de las mamadas”. El murió de un paro cardíaco.

“El deseo infantil” por la madre, queda como símbolo de origen y destino en la imagen de la actriz María Orsini, que Rémy evocaba de los films mirados en la infancia. Alzaba el vestido y el solo poder observar sus muslos, causaba excitaciones desbordantes en el pequeño y luego joven Rémy. La imagen de Orsini, entrando en el mar, parece simbolizar al mismo tiempo la excitación y la muerte, al desaparecer tragada por el agua. De su carrera por poseer multitud de mujeres, le dice

a Nathalie que, “al final, tantas mujeres terminan pareciéndose a una una sola.”

La muerte, como hecho supremo, resulta también un personaje más. Toca a todos y produce una transformación. La decadencia y el crepúsculo, seguidos de la oscuridad de la noche, dejan paso a una alborada donde un día nuevo se anuncia. Ese final, expresado a su vez con los cambios observables en la naturaleza, mediante la presencia y ausencia del sol, símbolo de vida, y su luz, enmarcan el destino trágico desde el cual la vida parece tejerse como una comedia. Un avión levanta vuelo y una canción deja oír un canto a la amistad. El cielo es el horizonte.



\* Agradecemos a la Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica (AMPP) la cesión de este texto publicado en el número 8 de Septiembre de 2010 de la Revista de Psicoterapia Psicoanalítica, que fue presentado en la sede de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid con motivo de una exposición de Cine y Psicoanálisis en Diciembre de 2007.

\*\* **Sobre el Autor:**

Roberto Fernández Pérez es Dr. en Psicología, Psicoanalista. Miembro titular en función didáctica de la Asociación Psicoanalítica Argentina (APA), de la International Psychoanalytical Association (IPA) y de la Asociación Madrileña de Psicoterapia Psicoanalítica (AMPP). Docente de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid. Docente del Master en Psicoterapia Psicoanalítica en la Universidad Complutense de Madrid.

**Publicaciones:**

- “El Psicoanálisis y lo psicósomático”, Ed.Síntesis, Madrid, 2002
- “Conceptos freudianos” (en colaboración) Ed.Síntesis, Madrid, 2004.
- “La clínica al borde del siglo”, Ed.Letra Viva, Bs.As., 1999 (en colaboración)
- “Suicidios”, Ed.Letra Viva, Bs.As., 2000, (en colaboración)
- Publicaciones en revistas de distintos medios sobre la especialidad.



## 4.2 ENTRE AMIGOS: REFLEXIONES, RESEÑAS Y COMENTARIOS. • MARIA DEL CARMEN GARCÍA SANTOS Y MÓNICA VADILLO

---

**Reseña** sobre el *Taller Teórico-Clínico “Psicoterapia de grupo en adolescentes con trastornos de la conducta alimentaria: evaluación y observación, psicoterapia en hospitalización y grupos de post alta ambulatoria”, de Eduardo Paolini.*

Carmen García y Mónica Vadillo\*

La Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid organizó el sábado 13 de noviembre del 2010 el Taller Teórico-Clínico “Psicoterapia de grupo en adolescentes con trastornos de la conducta alimentaria: evaluación y observación, psicoterapia en hospitalización y grupos de post alta ambulatoria”, a cargo del Dr. Eduardo Paolini, Psicólogo Clínico adjunto en el Hospital Infantil Universitario Niño Jesús.

A lo largo del taller, el Dr. Eduardo Paolini desarrolló el Programa de Evaluación y Tratamiento que lleva aplicando durante más de diez años junto con su equipo, en la Unidad de Trastornos de la Conducta Alimentaria (TCA) enmarcada dentro del Departamento de Psicología y Psiquiatría del citado hospital.

El doctor en Psicología nos explicó el porqué de trabajar mediante un abordaje grupal, una problemática tan compleja como es el TCA, haciendo referencia al grupo como organismo,

idea desarrollada en la novela “Más que humano” de Theodore Sturgeon.

Los principios teóricos sobre los que se basa su programa de trabajo tiene como fuente el método de D. Enrique Pichón-Rivière, adaptado a las características intrínsecas del abordaje clínico dentro de un sistema hospitalario público, entre cuyas limitaciones están la amplia y continua demanda de asistencia y la escasez de espacios y de profesionales, que le han llevado a desarrollar un modo de trabajo con una metodología propia, cuya mayor novedad es la introducción del grupo desde el primer encuentro con el paciente y sus familiares.

Por último, destacar que este encuentro ha posibilitado un acercamiento práctico de los socios y alumnos de nuestra Asociación Escuela al trabajo propio de la atención clínica en el ámbito hospitalario.



### \* Sobre las Autoras:

- Maria del Carmen García Santos es Licenciada en Psicología, con formación en orientación humanista y en psicoanálisis. Especialista en tratamientos en el ámbito de las adicciones. Socia activa en la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid.
- Mónica Vadillo es Psicóloga Psicoanalista, Magíster en Psicoanálisis y Experto en Psicología Jurídica. Especialista en tratamiento con víctimas de violencia de género.

## 5 PADRES E HIJOS

Bienvenidos a este espacio dirigido a aquellos - padres o profesionales de diversos ámbitos - que estén vinculados al mundo infantil o del adolescente.

En cada número aparecerán en esta sección textos divulgativos sobre la vida del niño y del adolescente, el desarrollo emocional, aspectos sociales que afectan a la infancia y adolescencia, así como a la relación padres e hijos.

Es un espacio abierto al intercambio y sugerencias, que podrán ser enviadas a la dirección, abajo indicada, de la Asociación Escuela.

En este número:

### ***Cosas de niños***

***Iluminada Sánchez García***

### **5.1 COSAS DE NIÑOS. ILUMINADA SÁNCHEZ\***

---

A menudo solemos considerar, los adultos, que solo es tiempo bien aprovechado por los niños el que alimenta al intelecto, tachando de tiempo perdido el invertido en jugar, dibujar, fantasear. Asimismo, la actitud de leer es vista como un valor en sí y como medio de adquisición de cultura y conocimientos. Mientras, el aspecto de la lectura que permite encauzar, escenificar imaginariamente y hacer de vehículo a lo emocional, no suelen advertirse o contemplarse. El juego es bien mirado y fomentado si es del tipo llamado pedagógico, es decir, con función de instruir y agilizar aptitudes. El mensaje que intentamos transmitir acostumbra ser: hay que aprovechar e invertir bien el tiempo, adquirir conocimientos, producir. No es mal mensaje, pero sí insuficiente en cuanto a que deja de lado, y no incluye, necesidades fundamentales del niño para su crecimiento personal. No entraremos a ver porqué los adultos tendemos a polarizar el objetivo ahí. Ello es otra historia.

Centrémonos en esta ocasión en lo que en realidad ocurre por el lado del niño.

Esas “cosas de niños”, que muchas veces se nos antojan insustanciales, son las que dan paso a las “cosas de mayores”. No hay progreso sin descubrimientos, no hay descubrimientos o inventos sin la imaginación y el fantaseo. Y, esto vale para cualquier tipo o clase de progreso. ¿Dónde empieza la capacidad de hablar, pensar, de razonar, de crear? Pues, justamente allí donde residen la Fantasía, el Deseo y la capacidad de Simbolizar.

En el ser humano, todo parte y arranca de la infancia y “sus cosas”. El niño es el futuro adulto y el adulto es fruto de las vivencias del niño. La niñez es algo más que una serie de acontecimientos perdidos o descoloridos ya en

la memoria; es algo impreso y presente en lo que somos, nos lo parezca o no.

Desde el comienzo de la vida el sujeto tiene que enfrentarse con un gran abanico de sensaciones y sentimientos. Tendrá por delante la tarea de aprender a manejarlos, afrontarlos, asumirlos y desarrollar defensas y recursos psíquicos. Habrá de aprender a manejarse no solo con lo que le sucede, sino también, con lo que le suscitan las situaciones. Unas sensaciones serán negativas, otras placenteras; unos sentimientos se percibirán como rechazables o peligrosos, otros conflictivos y contradictorios. Algunos de los difíciles a afrontar serán: miedo, cólera, celos, envidia, agresividad, angustia, pérdidas, frustración, tristeza, impotencia... Ponerles palabra, asumirlos como propios y deslindarlos es una ardua tarea (siempre lo es, aunque seamos ya adultos), y para ello tiene el recurso del juego, la fantasía, los cuentos, el dibujo... (El adulto domina la palabra, tiene otros medios). Desde ese plano, lúdico e imaginativo, exteriorizándolo en objetos e historias, podrá tomar distancia, dominarlos, manejarlos una y otra vez, darles vueltas y "darles la vuelta". Son su trabajo, son sus "cosas de niños", son sus herramientas en la tarea de crecer como persona. Por eso, espontáneamente, desde que se asoman a este mundo que tienen que descubrir y entender, los niños, juegan y fantasean. Juegan con juguetes o transformando lo que tienen a mano en juguetes. Escenifican sus fantasías, sus deseos, sus sueños, sus afectos, sus inquietudes,...

Es su forma de gestionar psíquicamente y aprender a vivir, mientras, además, buscan su identidad y su propio camino como persona. Cada actividad lúdica tendrá matices especiales, posibilitando dar salida y encauce a diferentes aspectos emocionales. En el

dibujo, por citar alguna, encontramos, a parte de la expresión de todo lo anteriormente mencionado, la búsqueda de dejar huella.

Muchas veces los adultos, niños que ya crecimos, miramos todo ello desde nuestra atalaya sin ver. Sin ver, porque lo hemos olvidado (ha pasado al "disco duro" si se me permite esta metáfora), que los contenidos que, por ejemplo, están en los cuentos que nos piden que les contemos o que repitamos una y otra vez, son los que están tratando de entender, elaborar y dominar. El cuento, a través de la fantasía, como el jugar o dibujar e inventar historias, abre la puerta a la identificación de las emociones.

El niño necesita cómplices para su crecimiento, que acepten que "pierda" (gane) el tiempo con cuentos, tebeos, juegos...con sus importantes y sustanciales "cosas de niños", cuyo valor no se distingue bien porque actúan de modo subterráneo, interno, a largo plazo, en el marco de la educación y el desarrollo, no sólo del intelecto sino, global de la personalidad.

Un niño que está jugando, hablando con sus juguetes, escenificando sus guiones de fantasías, dibujando, modelando, escuchando o leyendo un cuento, está trabajando en el proceso de su desenvolvimiento interno. Reconocerlo y respetarlo es reconocer y respetar una necesidad. Cuando es así, el niño recibe el mensaje de que él y sus intereses merecen consideración. El pequeño, mientras lleva a cabo esas ocupaciones, también aprende, ejercita su capacidad de concentración, crea, pone en marcha la elaboración de lo que descubre en sí y en su entorno así como de lo que le suscita conflicto o temores. Por eso los psicoterapeutas utilizamos esas mismas herramientas como instrumentos y vía de acceso, tanto para el

conocimiento como para tratar los padecimientos y problemáticas de los niños.

A cada edad habrá unos intereses y unas necesidades diferentes en lo tocante al ámbito de lo emocional y eso se reflejará en sus manifestaciones lúdicas. La exploración del entorno, la curiosidad sobre las cosas y los demás, los deseos, los temores, las frustraciones, la búsqueda de alivio de lo que impacta o contraría, lo que cuesta asumir, los conflictos que surgen la relación con los demás... estarán siempre de fondo como promotoras de esas actividades espontáneas. Ante un niño que no siente interés en estas

actividades hemos de preguntarnos por qué, pues puede ser indicativo de una dificultad y necesidad de ayuda.

Las “cosas de niños”, como se ha subrayado, son toda una tarea de gran calibre para el desarrollo en general y de la vida psíquica muy especialmente; no son ni estériles ni insustanciales, como a veces puedan parecernos. Por lo tanto, como padres hemos de darles el lugar que les corresponde a esas “cosas”, propiciando que ese tiempo lúdico, ese tiempo propio, libre y no pautado, donde ponerlas en marcha, pueda tener cabida en su día a día.



\* **Sobre la Autora:** Iluminada Sánchez García es psicóloga-psicoterapeuta, psicoanalista; docente de la Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Madrid; codirectora de la revista digital En Clave Psicoanalítica; colaboradora de la Cadena Ser (Radio Castilla – Burgos) en un espacio sobre psicología y salud psíquica del niño y del adolescente. Coautora del libro “El Quehacer con los Padres” (HG Ediciones, 2010; coautoras: Ana María Caellas y Susana Kahane).

## 5.2 CENTRO HANS

---

La Asociación Escuela cuenta con un Centro de Atención Clínica para niños, adolescentes y padres, del que podrán beneficiarse todos los interesados a precios institucionales. Para más información, visitar la Sección Actividades o la página WEB de la Asociación Escuela:

[www.escuelapsicoanalitica.com](http://www.escuelapsicoanalitica.com)

Información adicional:

**Teléfono: 91.770.21.92**

**e-mail: [info@escuelapsicoanalitica.com](mailto:info@escuelapsicoanalitica.com).**

